

U
revista
de la
universidad
de méxico



gerardo tomás allaz
juan José arreola
homero aridjis
marco antonio montes de oca
salvador elizondo
pablo gonzález casanova: *las democracias aparentes*
david levine
alberto gironella

sumario

Volumen XXI, número 10 / junio de 1967

1
Gerardo Tomás Allaz/
dominicano:
El legado
del Papa Juan

7
Homero Aridjis:
Gambito de Caballo
en Troya



9
Juan José Arreola:
Starring: All people

12
Marco Antonio
Montes de Oca:
El mapa de unos
sueños

13
Salvador Elizondo:
El sueño de Felipe IV
o los pudrideros
ópticos



I
Pablo González
Casanova:
Las democracias
aparentes y los
países semicoloniales

17
Un plebiscito colonial
para Puerto Rico

20
Carlos Monsiváis:
David Levine

26
MUSICA
por Gloria Carmona

27
CINE
por Juan Guerrero

28
LIBROS
por Arturo Schoening,
Arturo Souto, Margarita
Suzán, Luis Adolfo
Domínguez, Hugo Hiriart

33
POESIA INDIGENA

34
JUNTA DE SOMBRAS
Luigi Pirandello

PORTADA
*El obrador de
Francisco Lezcano,*
por Alberto Gironella

Universidad Nacional Autónoma de México
Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organó de la Dirección General de Difusión Cultural
Director: Gastón García Cantú

Torre de la Rectoría, 10º piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfonos: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 5.00
Suscripción anual: \$ 50.00 Extranjero: Dls. 7.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Financiera Nacional Azucarera, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Banco de México, S. A.

EL LEGADO DEL



PAPA JUAN

por Gerardo Tomás Allaz, dominico

"Se necesitarán cien años para que la Iglesia se reponga del daño que le ha hecho Juan XXIII convocando el Concilio."

Este diagnóstico, atribuido a un cardenal italiano por varios cronistas del Vaticano II, quizá expresaría sólo la nostalgia estéril de quienes "nada han aprendido y nada han olvidado". Pero también podría reflejar una voluntad de obstrucción que se manifiesta, por lo demás, en varios ambientes. Sobran las reacciones anticonciliares (especialmente en los países de tradición católica). Varios obispos parecen empeñarse en frenar la aplicación de las reformas que ellos mismos votaron en el Vaticano II.

Muchos son, por eso, sobre todo en América Latina, los que dudan del porvenir del *Aggiornamento* apenas iniciado. Crece en este Continente la inquietud e incluso el pesimismo de los observadores. El siniestro aumento de la distancia entre los países desarrollados y subdesarrollados no resulta menos patente, respecto al *Aggiornamento*, que en el campo económico-social.

¿Cuáles son las posibilidades de intensificación o bien de estancamiento, de la oleada renovadora?

Más que formular pronósticos, quisiéramos dar voz a los propios hechos que impusieron el rumbo conciliar. Por su consistencia, o al contrario por su carácter precario, nos prefigurarán las etapas de la Iglesia de mañana.

Se trata, pues, en las presentes páginas, de crear, por un ensayo de análisis psico-sociológico, los componentes de este fenómeno prodigioso: una institución bimilenaria de tanta complejidad, de tan hondo arraigo en los valores del pasado, rejuvenece en todos los sentidos y se inserta vigorosamente en el mundo del siglo XX.

En primer lugar se impone un hecho indudable. Todos los cambios en curso fueron posibles a raíz de la intervención en el solio romano de un hombre que la humanidad entera considera absolutamente excepcional. La caución esencial de la reforma de la Iglesia, la proporciona la personalidad de Juan el Bueno.

Pero aquí estriba el problema: se trata de la caución de un desaparecido. La muerte de un gran actor en el escenario mundial puede con mayor facilidad suscitar un mito que garantizar la perennidad de una obra.

¿No hay acaso un mito Juan XXIII?

Advirtamos el peligro: los mitos, por cierto, plasman las masas y mueven la historia, más sólo a corto plazo. Engendran a menudo las mayores desilusiones al mismo tiempo que los antagonismos más feroces.

No será posible sondear lo inmarcesible de la herencia de Juan XXIII, ni discernir lo irreversible de la evolución en el seno de la Iglesia, si no procedemos a una verdadera desmistificación, a la cual, por lo demás, el buen Papa mismo nos convidó una y otra vez en términos que no son sólo de humildad, sino de quien se preocupa por adelantarse a una tergiversación peligrosa.*

"Desde mi entrada en el sacerdocio, me he puesto a la disposición de la Santa Iglesia. La he servido sin ansiedad, sin ambición. *Todo está ahí, sólo ahí: será superfluo ir a buscar más lejos*" (los subrayados son nuestros).

Los franceses no olvidan sus palabras de despedida en el Elíseo el 15 de enero de 1953: "Me bastará que recordéis mi estancia entre vosotros diciendo: era un sacerdote leal y pacífico, siempre amigo fiel y sincero de Francia."

Cuan típico resulta el autorretrato del patriarca de Venecia al llegar a su ciudad arzobispal el 15 de marzo de 1953: "Me presento humildemente yo mismo ante vosotros. Soy un hombre como cualquier hombre que vive aquí abajo. Tengo 60 años, con la gracia de una buena salud física, con un buen sentido para ver pronto y claro las cosas, con una predisposición para amar a los hombres que me conforma con la ley del Evangelio, en el respeto de mi derecho y del derecho de los demás, que me impide hacer mal a nadie, y me anima, en cambio, para hacer el bien a todos... Soy humilde de nacimiento, me educaron en la pobreza..."

"Un hombre ordinario", así se definía él, y muy pocos son los que se pueden vanagloriar de haber previsto su destino tan extraordinario.

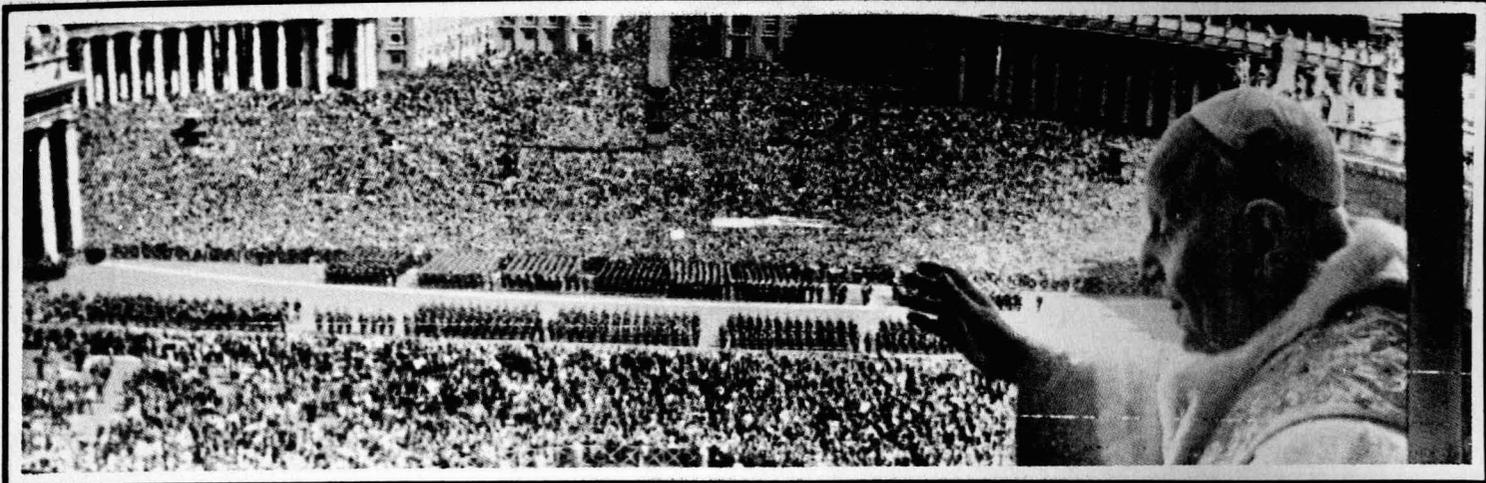
En Francia misma, donde tanto se había conocido y apreciado al nuncio Roncalli, ¿a quién se le hubiese ocurrido considerarle como eventual "papable"? Los franceses no pensaban así en un Papa Roncalli que los mexicanos en la promoción a Sumo Pontífice del cura de Cuauhtitlán.

Después del Cónclave de octubre de 1958, la sorpresa fue tan universal que sólo se encontró una explicación tanto en los ambientes eclesiásticos como en el periodismo mundial: "Papa de transición." Después de la personalidad autoritaria de Pío XII, que tantos cambios introdujo en la marcha de la Iglesia, los cardenales, casi todos de una edad muy avanzada, sólo podían haber optado por una pausa de respiro.

Digan lo que quieran los apologistas de oficio: comprobamos personalmente el primer instante de estupor de la Plaza San Pedro, cuando se proclamó el nombre del elegido. Y al aparecer por primera vez al balcón el Papa Juan, cuán amplio fue el desconcierto en la muchedumbre de clérigos, seminaristas, colegiales, monjitas, ancianitas, peregrinos extranjeros, que constituye el público obligado de tales circunstancias (entre todas las ciudades "católicas" del mundo, Roma es probablemente la que cuenta con menos participación religiosa de los varones autóctonos y adultos: "Roma también es país de misión" opinaba ante el Concilio el 7 de noviembre de 1964 un obispo italiano de origen). ¿Dónde estaba la majestad hierática de Pío XII, su gesto solemne que provocaba estremecimientos colectivos casi histéricos? —"¡Parece una rana gorda!", exclamó detrás de nosotros una piadosa Hija de María, frente a la figura del nuevo Pontífice.

La primera intuición de que algo inesperado podía suceder,

* A quienquiera que desee familiarizarse con el auténtico perfil de Juan XXIII, se le deberá remitir a las propias confidencias del *Diario del alma*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1964. Señalemos también, entre tantas obras similares, la sucinta y excelente antología de Henri Fesquet, *Les Fioretti du Bon Pape Jean* (Fayard, París, 1964).



la tuvimos el día siguiente cuando miramos *Avanti*, el periódico de Pietro Nenni, socialista de izquierda, vinculado estrechamente al Partido Comunista. La primera plana estaba totalmente consagrada al Papa Roncalli y parecía evidente en ella un prejuicio favorable. Hecho inaudito por parte de un órgano de los menos clericales. Al mismo tiempo, en París, el ex Presidente de la República, Vincent Auriol, socialista de buena tinta, evocaba ante los periodistas, con una voz temblorosa de emoción, los recuerdos de su trato con el nuncio Roncalli.

Apenas cinco años más tarde, el orbe entero rodeaba el lecho del Papa Juan siguiendo hora tras hora —¡con qué consternación y qué sentimientos de afecto, gratitud, veneración!— las etapas de su agonía. Momento cumbre en la historia de la humanidad. Se borraron durante unas horas todas las barreras religiosas, sociales, políticas y raciales. En este Pentecostés de 1963, fue verdad que la familia humana no tuvo sino un corazón y un alma: el corazón y el alma de Juan el Bueno.

“Sin duda es la primera vez que nosotros los protestantes, lloramos a un Papa”, observó el Pastor Charles Westphal, presidente de la Federación Protestante de Francia. Pero, ¿no fue también la primera vez que los judíos, los budistas, los mahometanos, o bien los comunistas, lloraron unánimemente un Papa? Y si el obispo japonés Nagae declaró ante el Concilio que “Juan XXIII ha dado más fruto en el Japón que mil misioneros en toda su vida”, ¿en que país no se podría afirmar lo mismo?

¿Cómo explicar este ascendiente sin par?

La respuesta más obvia sería considerar, con los “integristas”, que el Papa Juan ha ganado la simpatía de todos al precio de muchas concesiones a la opinión pública, a la época, a los adversarios de la Iglesia, con menoscabo de la ortodoxia.

Ahora bien, Ángel Roncalli, por todo su temperamento, representa típicamente su patria bergamesa, muy conservadora: “la fortaleza del catolicismo italiano”. Hijo de campesinos muy arraigados a su terruño, era por lo tanto más propenso a desconfiar de la novedad que a entregarse a la moda del día.

Contra todas las simplificaciones y hasta los simplismos pueriles que corren, debemos subrayar que, por tendencia natural, Juan XXIII se inclinaba mucho más hacia el tradicionalismo que Pío XII.

Todas las grandes reformas adoptadas en el Concilio fueron encauzadas de un modo decisivo por Pío XII. Los que dudan se convencerán muy pronto si se toman el trabajo de consultar las fuentes explícitamente citadas por los documentos conciliares.

Por increíble que parezca, Pío XII fue el primer Papa de la historia que osó introducir en el vocabulario de la Iglesia la palabra “tolerancia” con sentido positivo (6.XII.1953).

A Pío XII se debe la primera valoración favorable, al nivel de la Santa Sede, del movimiento ecuménico (20.XII.1949), y sus confidentes saben que tenía una visión muy atrevida de las

etapas futuras hacia la unidad por parte de la Iglesia Católica.

De Pío XII, el primer planteamiento de la colegialidad episcopal, en la magnífica encíclica *Fidei Donum* (Pascua de Resurrección de 1957), primer documento pontificio sobre el desarrollo del Tercer Mundo, antecedente de *Populorum progressio*.

De Pío XII, en el campo económico-social, el restablecimiento, sin ambigüedad, de la primacía del destino común de los bienes sobre todo derecho privado. En la reciente encíclica, el texto clave contra el tabú de la “propiedad sagrada” es una cita del Concilio, el cual nos remite a Pío XII (1.XI.1939 y 1.VI.1941).

De Pío XII, la primera apertura oficial con respecto a la regulación de la prole (29.X. y 26.XI.1951, 12.IX.1958). Del mismo, la *Encíclica liberadora Divino afflante* (30.IX.1943), primer visto bueno romano a la renovación bíblica y a la exégesis moderna; la primera encíclica sobre la liturgia (20.XI.1947); la primera igualmente sobre la Iglesia considerada como realidad mística y no sólo como institución jurídica (29.VI.1943).

¿Y cómo olvidaremos los pasos de Pío XII hacia la internacionalización del Colegio cardenalicio, su empuje a la promoción del laicado, sus proyectos de restauración del diaconado, sus normas de reforma de la vida religiosa (y la simplificación tanto del hábito religioso como del traje de los purpurados), su diálogo con todas las categorías humanas, sus encuentros con personalidades venidas de todos los horizontes, su interés apasionado por los aspectos más nuevos de la vida moderna, su afán de honrar y servir a los humildes, sus intervenciones vehementes a favor de la paz, su labor diplomática tan intensa por las víctimas de la guerra y la opresión?

En verdad, considerar a Pío XII como un retrógrado es dar oportunidad a los cristianos fosilizados de aureolarse con su prestigio eminente.

Queda bien claro que evocamos aquí el activo del reinado. Pero, si miramos ahora el pasivo, no debemos hacer caso omiso del peso de la edad y la enfermedad. Al timón de la barca de Pedro, como al volante de cualquier coche, es propio del anciano tocar más fácilmente el freno que el acelerador. Ahí está la calamidad de la gerontocracia. Con excepción del caso de accidente o de asesinato, en la fuerza de la edad, Papas y obispos están condenados a legar al pueblo cristiano antes de morir el espectáculo de su decrepitud. ¿Qué diócesis en el mundo no ha estado paralizada durante años y hasta generaciones por la avanzada edad de su titular?

Imaginemos un Juan XXIII con una salud menos vigorosa y un cáncer de evolución menos rápida: ¿nos hubiese dejado un recuerdo tan limpio? Sus límites, más todavía que los del Papa Pacelli, eran de los que la acumulación de los años pueden ser desastrosos en el ejercicio de las responsabilidades. En primer lugar este corrosivo del dinamismo, en un gobernante anciano, el principal factor de oportunismo en un alma pastoral: el temor a causar disgusto.



Para poner de manifiesto la grandeza del Papa Juan, no hace falta rebajar a su predecesor. Ni tampoco conviene canonizar todos los rasgos de su propia fisonomía.

Así, no será difamar a Juan XXIII el declarar que tenía de su raza algo del aldeano un tanto rutinario y receloso. Será más bien asumir todas las dimensiones de una personalidad más compleja de lo que parece. ¿No ha escrito él mismo: "Si Dios ha creado las sombras, es para dar más valor a la luz"?

El que había de provocar tanta conmoción en el universo, necesitó algún tiempo para acostumbrarse al hervir de ideas e iniciativas de la Iglesia de Francia. "Cuántas veces se le oyó exclamar: "¡Problemas otra vez! ¡Más problemas! ¿Por qué son tan complicados los franceses?"

Muy reveladora su reflexión al Padre Rouquette sobre Teilhard de Chardin: "Ese Teilhard, ¿qué necesidad tiene de discutir el origen del hombre? ... No podría contentarse con enseñar el catecismo?" Lo que no le impidió vituperar públicamente, como Papa, la advertencia del Santo Oficio (30.VI.1962) contra el sabio jesuita.

Lo mismo en relación con los sacerdotes-obreros. La sola idea le ponía los pelos de punta. Sin embargo, mientras estuvo en París no hubo desautorización. Pero, en 1959 (24.VI.) dejó que el Santo Oficio acabara definitivamente con la experiencia, sin consultar previamente al Episcopado francés.

La Curia, con Pío XII, antes de su enfermedad, fue reducida, en varios campos, a un papel marginal. Con Juan el Bueno tuvo su revancha y toda la preparación del Concilio dependió esencialmente de ella.

Que Juan XXIII no era un revolucionario, es lo que trasluce especialmente a través de cada página de su diario íntimo. Es difícil leer sus apuntes personales sin que nos alcance el contagio de su humildad, su ternura, su entereza. Se nos revela un alma diáfana entregada intensamente a Dios y al prójimo, en el total olvido de sí mismo. ¡Qué frescura! ¡Qué hondura! ¡Qué magnanimidad! Todo un santo, pero nada de un progresista en busca de vías nuevas.

A través de los años hemos intentado un pequeño sondeo de opinión preguntando a hombres muy distintos por el país, la edad, la clase social, la profesión, el ideal religioso o político: "¿Qué es lo que más admira usted en Juan XXIII?" Hemos llegado a dos conclusiones:

1] Todavía más que la obra propia del Papa, se admira la personalidad que la inspiró.

2] De esta personalidad, lo que se subraya espontáneamente es la bondad. Pero, cuando se pide precisar por comparación con Papas u obispos de este tiempo, cuya bondad fue también reconocida, se llega a una insistencia especial en tres rasgos particulares: pobreza, sinceridad, optimismo. Casi todos añaden que, por normales que sean estas notas en un representante de Cristo, son de las que menos se encuentran en el mundo eclesiástico, especialmente en las altas esferas.



Antes del Papa Juan, hubo en el principio de este siglo un Papa "nacido pobre y muerto pobre". Se trata de San Pío X. Pero vivió encarcelado en su palacio en los años en que la Iglesia Católica sólo suscitaba, fuera de sus filas, indiferencia o desprecio.

Como el Papa Juan, la mayoría del clero mundial nació de padres humildes, campesinos principalmente, pero las condiciones de la formación sacerdotal y la existencia confortable provocan un desarraigamiento irreversible. Tan a menudo, sobre todo en los países de poco desarrollo y de mucha tradición católica, los Seminarios parecen fábricas de arribistas y de aburguesados, en que los ricos a veces se hacen pobres y los pobres adquieren mentalidad de ricos, como ya lo lamentaba San Agustín hablando de los monasterios de su tiempo.

Ejemplo sugestivo: el obispo-obrero Ancel es hijo de un gran industrial, mientras el altanero cardenal de Génova, poco grato al pueblo, es hijo de un estibador. Hay, lo mismo, países de bienestar en que muchos obispos y sacerdotes viven con fervor la pobreza evangélica y países subdesarrollados en que el clero goza de todas las comodidades que se niegan a la mayoría de la población.

El escolar Angel Roncalli, que, durante el invierno, recorría a diario kilómetros en la nieve sin calzado, no sólo conoció en carne propia los estragos de la escasez extrema, sino que, una vez revestido de los ropajes de un "sátrapa persa" (como llamaba a la pompa pontificia), no dejó de gloriarse de su humilde origen y de fraternizar con los más desheredados.

"Nuestro siglo democrático, escribe el periodista parisino Henri Fesquet (*Op.Cit.*, pp. 18, 20-21, 24), tan exigente para con los grandes y tan sensibles a su sencillez y su espontaneidad ha encontrado en Juan XXIII el Papa que tanto necesitaba y que ya no se atrevía a esperar... El dinero y el aparato son la plaga de la Iglesia romana. Juan XXIII ha hecho una brecha en este muro de iniquidad que desvincula a la Iglesia del mundo de los pequeños y de los hambrientos. La muerte le sorprendió antes que hubiese podido realizar en este campo reformas espectaculares... Inmensa es nuestra gratitud hacia un Papa que ha sabido volver a dar confianza en la Iglesia romana a tantos hombres decepcionados y desconcertados por el oropel, la arrogancia, la estrechez de espíritu, la mezquindad eclesiásticas."

No hemos de buscar otra justificación de la influencia tan singular de Juan XXIII sobre el mundo entero.

Bondadoso y tímido, el tradicionalista Roncalli fue, en edad avanzada, el gran reformador y reconciliador porque fue un verdadero amante de la pobreza evangélica. Movi6 a la humanidad no de arriba, sino de dentro.

Desde su niñez, su alma noble supo distinguir entre los valores humanos reales y los falsos hechizos. Compañero de destino de los menesterosos, logró discernir las riquezas latentes que lle-

van consigo los más olvidados. No se dejó deslumbrar por los títulos, los honores, los atuendos ostentosos. De ahí su admirable libertad frente a los poderosos y frente a las grandezas artificiales, las convenciones mundanas, el boato "constantiniano" de la Iglesia, la teatralidad del Vaticano, las servidumbres del protocolo, el imperio de los ritos y rutinas, los caminos trillados. No pactó nunca con un aparato, no se identificó con un sistema, porque sólo vio en todo al Hombre, y cómo trasciende las superestructuras.

¡Con qué soberana desenvoltura convocó el Concilio! Por su largo contacto con el Oriente, con Francia y sus trances, con la Italia conservadora y su fuerte minoría revolucionaria, conocía sin embargo los riesgos extremos de una confrontación entre episcopados de criterios sumamente diferentes. Cuando le pasó por la mente la idea de encauzar la Iglesia por primera vez en la historia, en las vías del diálogo, no vaciló ni un instante. Para él, cada uno de los dos mil obispos, o bien cualquier personaje, católico o no, no tenía ni más ni menos alma que los queridos campesinos de su pueblo. Entre hombres que se respetan, el diálogo es siempre posible y provechoso a pesar de los antagonismos.

Así se explica también la acogida tan inaudita que conoció *Pacem in Terris*. Se trata de un mensaje brotado de la convivencia fraternal y destinado a cada ser humano en particular. El buen Papa se refiere explícitamente, en sus notas íntimas, a uno de sus inspiradores. Se trata de un soldado enemigo herido, en 1917, en el frente: "Nunca podré olvidar los alaridos de un austriaco... La imagen se ha hecho más viva en mí mientras trabajaba a la encíclica... Esta *Pacem in Terris*, ¡que eco! En este documento hay sobre todo el humilde ejemplo que me he esforzado por dar durante toda mi pobre vida "de un hombre bueno y pacífico" (Imitación de Jesu-Cristo).

En una Iglesia en que muy a menudo el pueblo se siente extranjero, si un dignatario vive bajo la mirada de los humildes y entrega todos los aspectos de su existencia al juicio de los desposeídos, automáticamente alcanza un grado de densidad humana, un sonido de *sinceridad* que le asegura una audiencia sin límite.

"La mayor debilidad de la Iglesia romana", proclamó en Roma, durante el Concilio (8.X.1965) uno de los principales teólogos del Vaticano II, Hans Küng, "está en su ambigüedad, en la falta de sinceridad y de autenticidad".

Gracias al Papa Juan, pudo en 1964 el anticlerical declarado, Morvan Lebesque, escribir en el *Canard Enchaîné*: "Creo en la sinceridad de la Iglesia actual."

Algunos meses antes de la elección de Juan XXIII, el filósofo marxista Henri Lefebvre interpellaba a los católicos con estos términos: "Habéis servido a los emperadores romanos, a los señores feudales, a los monarcas absolutos, a los burgueses triunfantes. Estabais siempre (no sin algunas maniobras hábilmente



reticentes para marcar vuestra independencia y vuestra superioridad) del lado del *más fuerte*, y todavía más fuerte que él, dándoos la apariencia de defender a los débiles. Y ahora, ¿tomaríais en vuestras manos la causa del Hombre, es decir, de los oprimidos de ayer, los más fuertes de mañana? No, la astucia es demasiado grosera y el bocado demasiado grande. Por primera vez el poderoso estómago de la Santa Iglesia, que todo lo ha digerido hasta ahora, quizá, no será bastante robusto, y ella lo sabe. Y tiembla. Y juega el doble juego, el triple juego. Pero eso se ve, y se sabe" (*Critique de la vie quotidienne*, Introduction, p. 232. Ed. L'Arche, 1958).

Los que conocen a Henri Lefebvre saben que por la sola personalidad del Papa Juan se inclinaría hoy a matizar tal juicio.

Antes del caso Juan XXIII, en la Iglesia, hubo el caso de los sacerdotes obreros a que ya aludimos. Más de 80 libros, con traducciones en una docena de idiomas, manifiestan la impresión que hizo a través del orbe esta experiencia de una presencia sacerdotal en medio de los trabajadores manuales. Estábamos ante el mismo testimonio de pobreza evangélica y de entrega a los humildes. El efecto fue idéntico. Las masas totalmente apartadas de una Iglesia que les parecía un instrumento de los poderosos, se apasionaron por estos curas vestidos de overall y asociados de hecho a la suerte de los oprimidos. A través de ellos, la Iglesia les pareció dar una prueba de su sinceridad. La interrupción de la experiencia fue por esta misma razón "una catástrofe para la Iglesia de Francia" como lo manifestó el cardenal Liénart. Menos mal, el Concilio volvió a autorizarla, con un mentís formal al argumento de una pretendida incompatibilidad entre el sacerdocio y la condición obrera, que había sido invocado en el momento de la supresión.

La solidaridad del cristiano con los humildes y la práctica leal de la pobreza evangélica, se traducen infaliblemente por un optimismo creador y renovador. Desvinculado del poder y de la riqueza material, el discípulo de Cristo participa en el afán redentor de su Maestro y en su irradiación cósmica. ¿Será pura casualidad que, en la historia de la Iglesia, el mismo santo fue por excelencia "el pobrecito" y el heraldo de la "alegría perfecta", el místico del "cántico de las creaturas"? El Papa Juan, discípulo de Francisco de Asís, entraba tras él, por el desprendimiento de todo instinto posesivo, en comunión con la creación entera y gozaba de un poder de simpatías con toda la humanidad, de una visión exaltante de la dinámica de la historia.

Los que pudimos a la vez oír y contemplar a Juan XXIII en la apertura del Concilio, no olvidamos con qué vigor de expresión y qué ademán perentorio exclamó de repente en medio de su discurso: "Llegan a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones... de quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina. Van diciendo que nuestra época, en comparación con las pasadas, ha empeorado, y así se com-



portan como quienes nada tienen que aprender de la historia, la cual sigue siendo maestra de vida... Mas nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos. En el presente orden de cosas, en el cual parece apreciarse un nuevo orden de relaciones humanas, es preciso reconocer los designios arcanos de la Providencia divina."

Espíritu de pobreza, sinceridad, optimismo: ¿no representan precisamente estas características de la fisonomía del Papa Juan, la más genuina expresión de un verdadero estilo evangélico? ¿Y no fueron, en cambio, la soberbia de los Príncipes de los Sacerdotes y la hipocresía de los fariseos las que, con el hastío de Pilato, llevaron a Cristo al suplicio?

Finalmente, en lugar de lo que podría ser un mito Juan XXIII, encontramos sencillamente un Ángel Roncalli que, con toda naturalidad, tomó el Evangelio en serio desde su juventud y, hasta en medio del relumbrón romano, no dejó de proclamarlo en modo profético, cara al universo, no con palabras, sino con su comportamiento cotidiano.

Como lo hizo notar el dominico Congar, una de las más grandes voces conciliares: "En el fondo, cada vez que la Iglesia abandona sus pretensiones anacrónicas a un poderío y un prestigio de tipo temporal, y de nuevo se hace transparente al Evangelio, vuelve a interesar a los hombres, que sienten que podría concernirles" (*Témoignage chrétien*, 9.I.1964).

El resorte de la obra reformadora del Papa Juan no es ni más ni menos que EL EVANGELIO, tan auténticamente encarnado por él.

Hay aquí una lección de gran transcendencia y que cabe recordar cada vez que se juega con los vocablos "conservador" o "progresista".

Tan a menudo los progresistas de hoy, especialmente si lo son sólo por temperamento o por moda, resultan los conservadores de mañana. ¡Cuántos liberales se despertaron reaccionarios un día! ¡Cuántos precursores no se resignan a que otros les rebasen! Al contrario, ¡cuántos hombres de tendencia tradicionalista tomaron en la Iglesia papeles eminentemente renovadores, movidos por las exigencias evangélicas, que encontraron resonancia en su conciencia!

Toda reforma en la Iglesia implica a la vez una vuelta a las fuentes que no sea vuelta al pasado y una inserción en el mundo presente que no sea concesión a lo efímero. No es posible que un tradicionalista se desvincule del pasado si su alma sigue sensible a la voz del Evangelio. El más progresista de los hombres, en cambio, si no lo mueven los imperativos evangélicos sucumbirá al conformismo, pronto o tarde.

El principal promotor de la renovación en la Iglesia de Francia después de la segunda Guerra Mundial, el cardenal Suhard, arzobispo de París, era él también un campesino tra-

dicionalista. Físicamente parecía una abuelita del siglo XVIII, muy *Vieille France*. Había sido ultrajado en el momento de la Liberación de París por "reaccionario" y "lacayo de Petain". Sin embargo, él fue quien patrocinó a los sacerdotes-obreros y otras experiencias muy atrevidas. Él fue quien publicó el grandioso alegato a favor del rejuvenecimiento de la Iglesia, titulado "Aurora o crepúsculo de la Iglesia", que había de ser el breviario de muchos pioneros de la obra conciliar. Si la Iglesia de Francia figuró entre las Iglesias pilotos en el Vaticano II, fue gracias a él y al dinamismo evangélico que superó, en su alma como en la del Papa Juan, las nostalgias del pasado.

Así, la caución del *Aggiornamento* no se reduce a la sola personalidad de Juan XXIII, por ingente y fascinante que sea. Reside en el fermento evangélico que el Papa Roncalli hizo de nuevo presente, y sumamente actual, ante la conciencia de la humanidad.

Ahora, y gracias a él, ya no está de una parte la Iglesia y de otra el mundo: una especie de *ghetto* frente al diablo. Hay los que toman el Evangelio en serio, sean cristianos o no, y los que no lo toman en serio, aunque acaso se glorien con el título de cristianos.

Lo decisivo del caso Juan XXIII, es que más que un santito en nicho, más que un superhombre, tenemos con su persona un Evangelio vivo frente a nosotros, un patrón que permite a cualquiera el desenmascarar las falsificaciones y las traiciones de los pretendidos fieles.

¿Cómo se comprende que las únicas voces que faltaron en el homenaje universal al Papa Juan fuesen las de cristianos "integristas" que ponen su ideología propia por encima del Evangelio y de su impulso regenerador!

Desde el momento en que la Iglesia, con el Concilio, se ha integrado resueltamente en el mundo, su renovación ya no depende sólo de sus miembros. Incluso los descreídos tienen algo que decir. Ante los subterfugios y las escapatorias de los pseudo-discípulos de Cristo tendrán siempre un punto de referencia: la vida del Papa Juan.

Podrán lanzar a la cara de los Príncipes de los Sacerdotes y los fariseos de hoy y de mañana la invectiva de Clemenceau cuando, en el gobierno, realizaba sin piedad la gran purga de la Iglesia de Francia a principios del siglo: "No se os reprocha el ser cristianos, sino el no serlo bastante."

Al abrir, por encima de los campanarios, el diálogo con todos los hombres de buena voluntad, Juan XXIII ha dado voz a la opinión mundial: no será fácil callarla. Su presión constituye finalmente una de las garantías más sólidas para el futuro del *Aggiornamento*.

Con razón lo afirmaba el cardenal citado al principio de este análisis: un siglo no bastará para abolir la obra del Papa Roncalli y detener lo que puso en movimiento.

Gambito de caballo en Troya

por Homero Aridjis



Ad aeternam un hombre y un perro semejante a un caballo de oro; dos guerreros esculpidos por el polvo; un rey y un yelmo donde el sol reverbera; una reina blonda cautiva tras un muro que rodea afiladas fortalezas.

Ad aeternam una imagen vagarosa, que no toma forma definida en la imaginación del hombre; un ave de rapiña; un montón de cuerpos hacinados desencarnándose, resplandeciendo al sol; brotes de sangre negra en el vasto coágulo de musgo oscuro, seco en la piedra.

Ad aeternam el rey inútil, con la derrota como una corona entre las manos; los guerreros inútiles con las lanzas y los pies clavados en el suelo; el brillo de unas cuantas espadas homicidas; el fluido rojo que responde a la súbita escisión, abriéndose sobre la tierra como un tapete.

Ad aeternam el horizonte azul, en el que vuela el color como un ave encendida; las naves meciéndose en el agua; el nombre de algún desconocido dicho gradualmente con sílabas rotundas, pero igual que un soplo: la muerte que acampa como un huésped de rigor bajo las tiendas, bajo arrugadas campanas de paño desteñido; la imagen en la imaginación del hombre como una nube, como un abalorio, como un ojo a veces fijo, a veces policromo mirando entre la bruma.

Ad aeternam los ágiles pies sobre la arena, la piel curtida, el sonido opaco del escudo, la adivinada risa, el paso adivinado de la blonda reina cautiva allá en la fortaleza; la vívida mirada de los ojos lejanos que imprecisos son más agudos y están más próximos; la desolación, la visión funeral de todo aquello que en un minuto se deshace.

Ad aeternam el perro lentamente gris, casi una nube, casi una mancha árida sin lluvia, blanco por el roce de la luz sobre sus orejas y su lomo, el ave de rapiña, casi un lobo en el aire, una amenaza demasiado rápida, demasiado alada; el ave de rapiña que vuela sobre la afilada torre y traza en el aire duramente una L; la imagen en la imaginación del hombre; la nube como ojo, como L que el sueño de alguien ha soñado en el aire.

Ad aeternam el caballo que irrumpe en el instante con sonidos de campana sorda, con las patas rotas y el

vientre abierto y los nervios sosteniendo los intestinos como blandas rejas; el caballo, en difícil huida sobre la arena de oro, con la fuerza de la agonía contra los filos de la piedad de dos guerreros que asisten a su muerte con un tajo.

Ad aeternam el perro como un dios canino, con las orejas doradas inclinadas como puntas de consternación, ágil hasta en su sombra, hasta en su inmovilidad; el perro, con ojos casi humanos, y sin olfato ya para los muertos.

Ad aeternam el regreso, las naves que esperan meciéndose en el agua como agresivos cisnes, castigados por un hado adverso que los ata a la orilla, y por la noche inmortal que mira y confunde desde lejos el cielo con el mar y sus caminos.

Ad aeternam el volcado carro con las ruedas girando y la astilla de sangre en la cara del auriga; el rey entre nosotros y la blonda reina cautiva en la afilada torre; los guerreros vestidos de oscuro que emergen a la furia y al nunca más de este tiempo homicida.

Ad aeternam el brío blanco del anciano que arenga a dos guerreros arañados por el último frío, lo mismo que a un joven que resiste a un viento de desnudos brazos.

Ad aeternam la imagen en la imaginación del hombre; la nube como abalorio, como ojo, como L que alguien trazó en el aire; el caballo que murió con las patas rotas y el vientre abierto como reja o ventana; los gue-

rreros que introdujeron los filos en su desesperación como a una funda, como a una aljaba.

Ad aeternam los guerreros recortados en el paisaje por el aire, musitando en su interior deseos de irse, de ocultar lo humano de sus pasos, de sus ojos, y de todo lo que la adversidad descubre como sitio mortal; los guerreros que ensartan pechos y rostros casi femeninos, en su manera de aceptar la muerte.

Ad aeternam el rapsoda que canta al dios de polvo que levantan los muertos al caer, el pesado sonido de un guerrero que cae, el tinte violeta de la boca hendida, el esbelto cuello con un hueco imprevisto, la espalda del que escapa herido por la cólera de un dios, los ojos del que se queda habitada por un dios, la noche que desciende como un gran escudo anunciando reposo.

Ad aeternam la imagen en la imaginación del hombre, casi ya viva como una presencia, como un recuerdo; las torres afiladas, las naves, el regreso, la L que vuelve a trazar el ave de rapiña; el vientre del caballo, los hombres que quisieran irse, ocultar sus rostros; la noche que reemplaza la luz con tinieblas; la imagen definida en la imaginación del hombre.

Ad aeternam el tiempo por venir, el horror, la mantanza y la ruina; la noche y el terror en la pupila ajena; el vientre del caballo habitado por la cólera de un dios; el perro sin olfato ladrando a fantasmas incesantes que pasan a su lado; el dolor vidente y femenino aullando como un perro.



JUAN JOSE ARREOLA / STARRING: ALL PEOPLE



Homenaje a Cecil B. de Mille

Después de tomar parte en unas secuencias terrenales, mezclado en la turba de espectadores, Efrén Hud abandona la sala. Con la sombra de un garrote en la mano, alega ante su guía de otro mundo un síntoma nauseoso. El guía lo sostiene compasivo y deplora su malestar. La multitud alterada aúlla en favor del bandido y en contra del inocente. *Ecce homo*. Después de secarse las manos Pilato arroja el agua sucia sobre la muchedumbre, maldiciéndola en voz baja. Instintivamente, Hud esquiva la salpicadura y se niega a intervenir en el documental de largo metraje, realizado en tres dimensiones.

Con el pretexto de que descanse, el cicerone lo conduce veladamente a la casa del hombre que fue en la tierra Jesucristo, cuando quisieron rendirnos por amor. Mientras el reino de los cielos sufre violencia llegan a un chalet, villa o dacha que domina un canal de regadío con aguas lentas y armoniosas. En la terraza los recibe el actor. Aparenta unos treinta años, hermoso, apacible y moderado. Cuando habla y se exalta, la pasión descompone su figura: ademanes activos, palabra suelta y febril. Soportó con felicidad las pruebas a que fue sometido desde su captura en el huerto de los olivos. Sin embargo, tiene el aspecto suave y deslumbrado de los convalecientes. Se queja, interrumpe su discurso en pausas suspensivas y lleva la mano hacia el costado. Cuando mira en panorama sus ojos se iluminan con inocencia casi infantil, como si viera por primera vez los jardines colgantes del crepúsculo:

—¡Qué alegría tan grande me da usted con su visita! Muero por volver... Fue tan poco lo que pude vivir entre ustedes. Y en un lugar tan pequeño... Tengo que volver... ¡Claro que debo volver! Pero siéntese usted por favor... ¡Judas, Judas, ven, tenemos una visita! Le presento a usted a Judas, señor Hud...

—Mucho gusto...

—¿Quiere usted tomar algo?

—Gracias. Me sentí un poco mal en el cine. Tuve

que salir...

—¡Qué bueno que no vio usted esa película! Está incompleta. En realidad no puede decirse que se trata de una película, aunque a mí me parece la mejor de todas... Estuvo a punto de costarme la vida. Pero falta la última parte y voy a terminarla. Los médicos ya me dieron de alta. Sólo espero la voluntad de mi padre... Estoy completamente restablecido de las manos y los pies, pero todavía me duele aquí en el costado... La lanzada que me dio aquel pobre comparsa... ¿Cómo se llama? Pero no fue culpa suya... siempre se me olvida su nombre...

—Longino...

—¡Ah sí, sí, Longino... se le cayó la lanza de las manos... Sí, me acuerdo, se restregó la sangre sin querer sobre los ojos... Me parece que lo estoy viendo... Se quedó encandilado. Pobre, no porque yo fuera yo, sino porque veía por primera vez el sol poniente tras las cruces... ¡Qué palo de ciego! Los sayones le pusieron la pica en las manos diciéndole: "¡Dale!" Me la clavó con todas sus fuerzas y atravesó la envoltura hasta el centro del sistema... Yo debí quedar para siempre entre vosotros... Y este traidor que me dejó solo. Así son los amigos ¿Te acuerdas, Judas? Te fuiste a pagar la copa, a divertirte creyendo de buena fe que no corría ningún riesgo, a beber el vino rojo que no era el de las bodas ni tampoco el de mi sangre... Caído en la tentación, reconócelo, querías dártelas de hombre... No sé si por fortuna o por desgracia llegaste en el momento oportuno, después de la esponja de hiel y de vinagre... *Lamma sabactani*. No se mortifique usted, señor Hud... Todo fue tan hermoso, tan hermoso... ¡Qué maravilla de personajes! Toda esa gente del campo, la montaña y la ribera... Artesanos que labran piedras, maderas, metales humildes y preciosos. Los mercenarios vestidos de andrajos que juegan a los dados hasta la última esperanza, los pescadores que no saben andar sobre las aguas y



esas prostitutas aldeanas que hacen mal y bien por una ínfima paga, un adarme de perfume, un puñado de pistaches... Lástima por los exarcas y tetrarcas, los procuradores, trapecitas y sanhedrines... pero entre ellos los hay buenos. Mateo publicano, y aquel hombre de Cafarnaum inolvidable, un centurión al servicio del imperio... por nada guardo rencor. Todo está envuelto en mi recuerdo por un denso aroma remoto. Esa fragancia con que María Magdalena ató para siempre mis pies a sus cabellos ¡como si fuera la emanación de su alma titubeante aún entre el arrepentimiento y el ardor...!

El sol se había puesto ya. Sus rayos últimos inflamaron el agua limpia y resonante del canal. El actor dio a la sombra un perfil de Caravaggio. Naves siderales trazaban de una estrella a otra fantásticos dibujos. Se quedó mirándolos, pero luego dijo con melancolía:

—Usted va a volver antes que yo. Los médicos me dieron de alta, pero mi padre sigue hallándome desperfecto. Tengo que acabar esa película. Faltan las últimas secuencias, el último episodio que puede ser feliz, que debe serlo a pesar de la consumación de los siglos y de los terrores milenarios. ¿Pero qué están haciendo ustedes? Ya lanzaron la primera piedra... Allí, en el jardín, vea ese halo de hierba quemada. Un objeto deplorable se incendió con relámpago iracundo, casi a la diestra del padre, como quien dice. Cayó en el jardín, pero bien pudo alcanzarme la cabeza, acertado como el rejón de Longino... Pero no se apene, señor Hud, estaba ciego y no supo lo que hizo. Mire, también llega aquí de cuando en cuando una plegaria, un alma vuela directamente sin más combustible que la llama de amor viva, sin más impulso direccional que la obcecada certidumbre de la fe... Pero yo he comprometido a muchos, a los que fiaron el aval de mi palabra, los que apostaron contra el príncipe del mundo y perdieron lo que tenían. A Pedro lo sedujo la posibilidad de una pesca

milagrosa, y ya se sabe lo que pasó. Se le fue la barca de los pies y lo crucificaron de cabeza, como un ancla hacia el abismo. Perdóneme si blasfemo delante de usted, pero más le valdría haberme negado para siempre... Todavía anda por allí con su terquedad al aire libre, el pedrusco que lleva sobre los hombros, esculpido por el viento y la sal, jaspeado por el estiércol de los pájaros marinos: ¡Buen cimiento andariego para un edificio inconmovible! Véalo usted de un lado a otro, corriendo desesperado, pidiendo paz desde la retaguardia, porque la oreja que el cortó con su espada, yo la soldé otra vez tras el pómulo de Malco... pero luego, ¡qué vanidad enorme cabe en una estatura, entre la tiara y las sandalias de oro y de rubíes! Mire lo que son las cosas. Llevo conmigo algunos recuerdos de utilería, por ejemplo, este látigo que usted ignora y que restalla en vano sobre la espalda de los mercaderes. ¡Lástima por no haberme quedado para siempre! La herida todavía está fresca en mi costado y gentes como Felipe siguen esperándome. De las santas mujeres prefiero no hablar. Felipe, un desconocido que me siguió desde el principio. Vendía refrescos en el desierto de soda y cocía jabón con salitre y grasa animal para las lavanderas jordanas. Lo crucificaron oscuramente primero en Hierápolis, más tarde en Nagasaki y luego los acreedores de su pueblo natal. Se llama Felipe de Jesús y ha fracasado en todo. Le fallaron las parábolas aplicadas a la vida real, porque tomó al pie de la letra el sentido figurado. Perdió como sembrador hasta el último talento de los diez que le di a guardar. Su tepache pasó de moda porque no embriaga a nadie y las amas de casa hacen remilgos a un jabón que huele a sebo y a verraco. (Entretanto, Juan delira evangelista entre las cuatro paredes de su Patmos de azotea, escribe apocalipsis de bolsillo y ángeles malignos le dan de comer libro tras libro en el insomnio.) ¡Y esta herida que no acaba de cerrarse en mi costado! Me parece que fue ayer cuando volvió a



abrirle el dedo incrédulo de Tomás... Ayer también cuando los soldados que guardaban mi sepulcro, adormilados y borrachos, me vieron ascender a las nubes iluminadas por explosiones poderosas, gracias a la oportuna intervención de Judas... Sólo tuve tiempo para despedirme de María Magdalena... Nadie me vio después de ella... Mire usted cómo Judas se impacienta. Es mi doble y también quiere volver, pero por razones muy distintas a las mías. Tiene el amor propio de los hombres, se lo inculcaron sus amigos y se muere por contradecir su fama de Iscariote. Confiésalo, Judas, dícelo tú mismo al señor Hud, cuesta mucho sobrellevar el mote de traidor... Hud... Jehuda... Judas... ¡Pero si son ustedes tocayos, hasta ahora me doy cuenta!

—Perdone usted. Me sentí mal y tuve que salirme del cine...

—No se preocupe. Hizo bien al no ver esa película, hay que filmarla de nuevo. Usted mismo lo sabe, desde el día que abrió los ojos, pero nunca lo ha dicho: la muerte está en la base del drama como la Mujer al pie de la cruz (ojalá y la Madre cuide al Hijo). Permítame ahora un rasgo de vanidad humana y valga como disculpa el hecho de que no me he quitado el maquillaje de hombre. Me duele el desaire, más que la herida en el costado: ni los que me escupían al pasar se molestaron en subir al Cal-

vario, populacho de extras y verdugos. A Simón de Cirene hubo que pagarle el doble porque me diera una mano... Y por todo comentario, las reseñas lacónicas de Flavio y de Filón. Cierto que cometimos errores de tiempo y de lugar. La víspera del sábado y una capital de provincia romana señoreada por la rapiña y la discordia. Y para colmo, el desenlace a la hora de comer. En fin de cuentas, un fracaso de público y de crítica. De taquilla también, en lo que se refiere a las entradas al cielo. Y esto a pesar de que el espectáculo fue anunciado proféticamente con la debida anticipación. A propósito, señor Hud, usted es un hombre justo y por eso está aquí: para detener la espada de la justicia. Anuncie desde mañana que yo volveré en cuanto pueda para establecer en la tierra el reino de mi padre. ¡Otra vez la leyenda de los siglos, esa coproducción de miedo entre el cielo, la tierra y el infierno! Todo está listo. El reparto incluye las estrellas del universo sin distinción de magnitud y el argumento narra la gloria del señor. El éxito depende de que usted organice a sus semejantes en sociedad anónima. Dividendos iguales para todos, como en la viña. Pero eso sí, cada quien debe cubrir oportunamente el monto de sus acciones. *Tolle lege* y firme donde dice: "Que se haga tu voluntad y no la mía." Se trata de la voluntad de mi padre. Conste.



Marco Antonio Montes de Oca / El mapa de unos sueños

Quizá el vaso sea tulipán de cristal
Castrado por un tajo de los poderes amerizantes.
¿Y qué es, Dios mío, qué significa mi lecho deshojado
Por tempestades de amor; qué significan mis labios
lavados
En lágrimas rojas, si ya no acierto a beber ancianas
imágenes,
Abolidos trofeos que danzan al fondo del espejo en
erupción?
¡Oh manes de olvido! ¡Fantasmas de azogue
Filtrando mi puño clausurado!
La antigua cobra, con la cabeza aplastada por ruedas
de astro,
Ha devorado toda la música,
Todos los insectos que patinan sobre el agua, todos los
rostros
Que emergen entre fuentes de cantáridas...
Y a mi vera las manchas de pájaros han huido
Dejando horribles huecos en mi paciencia lacerada.
¡Oh manes de olvido!
Como en gris ceremonia de domingo,
La luz ha sido traducida
Al idioma de ese Fénix que no percibe,
Sino el ganguero horrible de los pechos
Y frentes que la dinamita sólo a medias ha derribado.
¡Oh manes de olvido!
Las estatuas se despojan de sus cubiertas de nata
petrificada
Y desnudas como el espacio donde estuvo una rosa,
tibias y vivientes,
Consumen semillas legendarias, almendras caídas
desde la deslumbrante saliva de la luna,
Desde el alba que bebe palabras fulminantes
Palabras que ruegan por el crecimiento del vello
marino
Y porque un instante se abra y de su herida escapen
Globos de aire dorado,
Ataúdes babeando hilos infinitos de perlas,
Celestes cuerpos mojados en música,

Inmóviles miradas y ojos viajando
Entre catacumbas que lejanas mujeres azules
Cavan en estrellas más lejanas todavía.
¡Oh manes que hacéis temblar techumbres como
banderas de papel de china!
Dejad que yo bautice los desiertos
Arena por arena,
Que mis venas rotas suelten follajes de seda blanca,
Rápidos niños levantando polvaredas de zafiros
Mientras el gallo de la pasión, esponjado sobre la hora
nona,
Cubre mi corazón con un tejido velocísimo de llamas.
¡Oh manes, oh años derretidos en manos del verano!
Verdad es que la esperanza organiza al cielo
Bajo la forma de un solo caballo ardiente;
Pero basta ya de cruzar a nado años luz, años polvo,
años que oigo rodar
Tierra adentro, sin probar el aire ni las hojas, siempre
en ayunas,
Avanzando como un muerto que se hunde
Y bracea buscando los senos de su antípoda.
Basta ya de no viajar en la comba de los paracaídas
Y de elevarse y abajarse entre el viento vinoso del
crepúsculo
Y de no advertir que el plumaje eléctrico de la
realidad,
Pasa por las garras del espejismo más dulce
Y se reordena para ser acariciado nuevamente.
Basta ya de podrir lo que nunca ha de madurar
Cuando el espeso pétalo de la lengua
Suda su perfume de palabras
Y prueba que el silencio
Es idéntico al sueño que lo hace real.
Basta ya de no decir algo con alas,
Algo que ablande el cristal en panes transparentes,
Algo como una mina de planetas,
Capaz de ensolarizar o enfrutecer la carne nocturna,
Esa fauna y esa flora que pagan con su muerte
Un minuto de hospedaje al fondo de unos ojos.

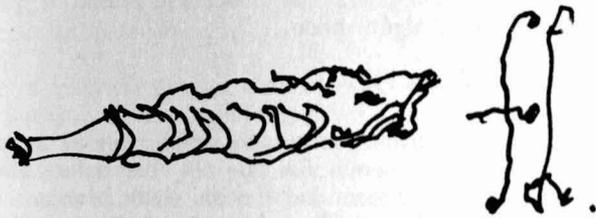


El sueño de Felipe IV o los putrideros ópticos

por Salvador Elizondo

Pienso en esas fabulaciones españolas y chinescas de Gironella. En su cuadro del enano ha conseguido aprisionar ciertos estímulos indefinibles que provocan sensaciones extrañas y espléndidas, fugaces, de un mundo nocturno en el que las "sabandijas" de palacio ultrajan las ropas de sus amos y juegan a ser ellos; los imitan en otro plano de la realidad. Se trata de una *impersonatio*; se trata de la usurpación de una identidad; pero el cuadro, como el Rey, es *Real*. El pintor es un fotógrafo del sueño. La captación de un sueño es su realización. El arte trans-

curre en un ámbito en el que el sueño se manifiesta sensiblemente. Eso también es la fábula: la fábula mágica a cuyo contacto nos es posible penetrar en ciertos arcanos fenomenales. No creo en las jerarquías del conocimiento, pero no concibo el conocimiento más que como algo que discurre a través de una infinita diversidad de niveles. El artista es quien a su vez discurre conscientemente acerca de/y en su nivel particular. Gironella ha elegido un nivel de fabulación histórica, de tenebrosa ironía y de amor profundo a lo que constituye la materia manual de la pintura consiguiendo con ello la parsimonia meditativa de esas organizaciones inquietantemente líricas. Invoca las tortuosas *oxymorae* de los *conzettisti*; invoca, por medio de Velázquez y los pintores tenebristas posteriores a Caravaggio, esa otra claridad cegadora: la de Góngora, hecha sólo de luz; la de San Juan de la Cruz, hecha toda de toda claridad.



El mundo interior



Como ese mundo interminablemente íntimo de *Las meninas*, el de Gironella es, también, un mundo memorioso en el que las formas propuestas sólo recuerdan otras formas que tal vez ya hemos conocido. El hecho pictórico funciona así, a veces parece que la esencia de esas formas es el recuerdo; el recuerdo de una imagen ya soñada.

La máscara que se oculta detrás de un rostro

Se trata, claro está, de un problema de identidades. La *impersonatio* funciona así. En primer lugar está el espejo. El imponderable, ubicuo, impreciso y definitivo espejo de *Las meninas*. Eso quiere decir que lo que se ve es sólo el reflejo de lo que es. Luego, lo que se ve no es eso, es *otra* cosa: una cosa disfrazada de reflejo especular. El bufón ha tomado el lugar del Rey (¿Quién es el Rey? ¿Felipe IV? ¿Velázquez?) Pero, si se trata de un espejo ¿quién es el que lo está mirando?

Existen razones aquí para creer que se trata de una paradoja óptica que no admite ninguna solución racional. Cabe pensar en la existencia de un punto de vista muy particular.

La majestad del Rey. I

Dicen que Felipe II recibía a los cortesanos con la siguiente salutación: "Serenaos..." Los reyes son, evidentemente, un estadio superior del existir. Sólo ellos, como lo sagrado, producen pasmo (Ing. *awe*). Llevan consigo implícita la idea de *imperium*; rigen el curso de las historias en función de una visión atávica que sólo ciertos elegidos son capaces de contemplar. En las noches de insomnio, estando ya la casa sosegada, el Rey vaga por el palacio; de pronto descubre, al final de un pasillo, la luz que se cuelga por un resquicio. Se aproxima fur-





tivamente y junto a los espesos cortinajes de brocado descubre al enano ataviado con la *regalia*, asumiendo sus gestos más solemnes ante un espejo turbio, débilmente alumbrado por la llama de un cirio.

De seguro que el concepto de escorial y también el de El Escorial acrisolaron en la parrilla de una noche como ésa.

La majestad del Rey. II



Hay quienes se manifiestan violentamente contra esas reiteraciones empecinadas del espíritu que damos en llamar observaciones. No hay quien carezca de ellas, sólo que casi siempre son inconfesables. La belleza es necesariamente obsesiva y Gironella es un obseso. Un obseso que dirige su obsesión en una medida total. Se trata de obsesiones perfectamente definibles en términos de cultura. O quizá se trata de penetrar, como si cruzáramos el umbral de un espejo, hacia esa realidad en la que nuestros recuerdos de la Historia siguen aconteciendo.

El verdugo exigente

La condición esencial de la tortura es su antítesis: el sacrificio de quien la sufre. Sólo la relación que existe entre los amantes es tan estrecha y solidaria como la que existe entre el suplicador y el suplicado. El verdugo representa el extremo inquietante del compromiso. El artista da testimonio de ese polo... y del otro también. Allí está, junto al caballete. En el fondo resuena el sonido y la furia de un apocalipsis inolvidable: un apocalipsis que acontece casualmente, en una luz que por sí sola todo lo transfigura y lo inscribe en una tenebrosa cajita de juguetes homicidas. Se tiene, a veces, ante esas telas, la sensación de estar encerrado en un palacio subterráneo al que se ha llegado, por invitación augusta, a presenciar un acto de crueldad extrema, a mirar, aunque sólo sea un instante, la *interioridad* del cuerpo.

La cirugía como representación dramática

La tortura, como el ser tiene un carácter esencialmente espectacular. Toda intervención quirúrgica aspira manifiestamente —de la misma manera que el coito lo hace en secreto— a la condición del drama; es decir: a ser la re-actualización de una experiencia imaginada. La pareja siempre alude a los orígenes abismales de la especie. El coito, como la artesanía quirúrgica, alivia el ardor de las bestias, aplaca al verdugo y gratifica al hombre común (“...la canalla y los hombres felices”).

La gravedad y la gracia

Es curioso que el destino esencial de los hombres esté representado por un fruto. Los dioses han creado un universo auto-

suficiente y hermético. La manzana representa a la vez la causa y el efecto; tanto en el libro del Génesis como en la perspicacia de Sir Isaac Newton, estamos cayendo hacia arriba, hacia el último fondo de *otro* espejo que refleja la noche.

El cirujano

El cirujano es el único actor que representa lo real. Hay en estas imágenes esa tristeza muda que circunda siempre a las cosas extintas, dondequiera que éstas estén. Prueba de que: lo olvidado existe de algún modo...

La majestad del Rey. III

Fugazmente experimentamos ante estas pinturas la sensación de que nosotros somos *Ese* que nos observa furtivamente.

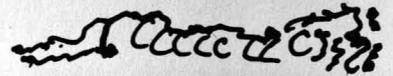
Esos eran seres sin identidad precisa. Nadie conoce, a ciencia cierta, sus apellidos y ellos mismos empleaban una fórmula críptica para decir su nombre: *Yo El Rey*.

La imagen y semejanza

Somos, después de todo, incapaces de representarnos nuestras pasiones mediante imágenes abstractas. Nuestra mente adolece de una pertinaz eidesis antropomórfica. El concepto de *persona* (máscara, personaje dramático, mentira, disfraz, arcano), se origina en esta proclividad de nuestra naturaleza mental a ser nosotros mismos el espejo, el rostro y el reflejo. La tortura es la transmisión fenomenal de una pasión. El artista siempre es su propio personaje. Sus obsesiones son *evidentísimas*. No cabe duda acerca de su aspiración secreta. La pintura tiende, subversivamente, a la condición del espejo. El espejo realiza en sí mismo, su condición suprema. La pintura que realiza la condición esencial del espejo, realiza, a su vez, una función absoluta. Se trata de sentir el repeluzno de la identidad.

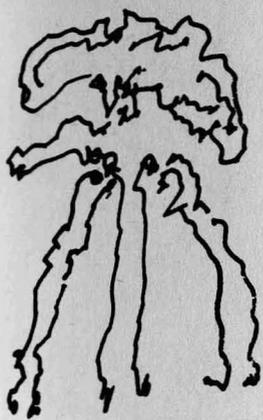
Dicen que hay unos indios que no se reconocen ante un espejo. Ésa es la condición del despego absoluto; la renuncia a la que aspiran los místicos.

Breve discusión



La palabra *rey* y la palabra *realidad* fueron paridas por una misma madre primigenia: Re (¿la doncella-diosa Rea, madre de Castor y Polux?); se trata de la cosa original, la Gran Cosa, esa Cosa que sirve para denotar la realidad esencial pura de lo es-ente, de lo que *está siendo* en un mundo en que el tiempo de todos los verbos discurre eterna y ubicuamente en un gerundio estático. Las cosas son más reales mientras más realidad contienen. Los hombres son más reales mientras más realza emanen. El más real de todos los hombres es el Rey. Sólo los hombres reales inspiran asombro. La condición real es aquella





en la que el hombre comienza a ser dios y prefigura los universos que creará una vez que ha accedido a la tenebrosa condición divina. Felipe II prefigura, en El Escorial, un universo de pudrideros. Velázquez inventa, para Felipe IV, monarca menos real, la fábula de la mirada del Rey contenida para siempre en esa representación que es la imagen que se refleja en un espejo. El pintor de palacio burla los ceremoniales y consigue, mediante una astucia óptica, colocarse, *figuradamente*, de alguna manera, a la altura del Rey.

Ambigüedad de la violencia

No es frecuente que un cuadro revele una esencia extrema. Esto por naturaleza. La pintura está fija en ese eje en torno al que giran la realidad y la percepción. La descripción del sueño es falaz por subjetiva; lo que interesa es construir la realidad —o reconstruirla— de acuerdo con una nueva lógica. Hay visiones —¿por qué no llamarlas así?— capaces de subvertir y trastocar cualquier concepción del mundo. Entre las que ha producido o valorado el siglo xx basta citar tres: la fotografía del suplicio chino reproducida por Bataille en *Les Larmes d'Eros*, la escena del ojo en el proemio de *Un chien andalou*, la escena del asesinato de Nadia en *Rocco e i suoi fratelli*. Pero la imprecisión del juicio estriba en el hecho de que la violencia no tiene medida; el extremo en el que el hombre se diluye en su propio afán de disolución o de ultraje es extremo fundamentalmente porque es allí donde toda medida desaparece. Haría falta analizar la obra de arte que —inscrita en el límite del juicio espera la reprobación o la aprobación de los sentidos— en función no más de nuestras sensaciones. Y sin embargo, nada hay más equívoco que ellas. No sabemos a ciencia cierta diferenciarlas de nuestros sentimientos y es este equívoco el que rige la antinomia que siempre existirá entre el artista y su público.

Hay obras que agreden y obras que se comunican con nuestros sentimientos. Obras que rompen la virginidad de una contemplación que no se funda más que en las sensaciones. Cuando el artista nos obliga a poner en juego esa elaboración del espíritu en la que las sensaciones penetran dentro del dominio de la moral para convertirse en sentimientos, no tenemos por qué no sentirnos turbados a justo título.

Mi primera visión de *El obrador de Francisco Lezcano* fue fugaz: un acto inconsecuente, una visita pasajera al estudio de Gironella. Apenas concluida, la tela reposaba todavía sobre el caballete figurando la entrada a un infierno español recalcitrantemente individualista y a la vez católico, desplegando su misterio metamórfico como muestra el cadáver la interioridad de la plétora visceral sobre la plancha de anfiteatro, inquietando y exacerbando todas las cosas que nos sirven para construir nuestra vigilia imperturbable. ¿Por qué, después de tantos días, persiste —me pregunto igual que lo hace Cyril Connolly

a propósito de *Un chien andalou*— esa sensación inquietante? No quiero responderme a mí mismo de la misma manera que lo hace el autor de *The Unquiet Grave*. El romanticismo de hecho pone en juego esa noción que permite no explicar, sino entender, la pasión desmedida, “la suprema embriaguez de que es capaz el alma humana”. Pero no. Se trata realmente de hechos más concretos aunque menos previsibles. La historia del arte es la única sin evolución. Puede decirse que el tiempo pasa a través del arte, pero no que el arte alcanza nuevas metas a través del tiempo. Si es así, ¿por qué nos percatamos con tanta lucidez de esos sacudimientos en que se pone en evidencia el rompimiento de lo que en términos generales constituye una secuencia lógica o la manifestación de un arte que se realiza con arreglo a ciertas constantes? ¿No es acaso una confusión simplista la que concibe el manierismo en las artes justamente como una manifestación de la falta de originalidad? Caravaggio, el aduanero Rousseau, Balthus: ¿no son estos pintores representantes tangibles de esa tendencia a dislocar los lineamientos que *aparentemente* sigue el curso de las artes? Lo que resalta en un cuadro como *El obrador de Francisco Lezcano* no es ya esta energía abrupta que lo pone en el amplísimo margen que la “historia del arte” deja a lo inexplicable, sino que asimismo involucra una dimensión en la que los extremos se confunden mediante un artificio lógico, mediante un silogismo sin premisa y sin conclusiones que permite, no obstante, obtener un conocimiento, como el conocimiento que se obtiene de la contemplación de un suplicio, de la ingestión de una droga, de la realización erótica.

Los silogismos de la alucinación



¿Cómo funciona ese silogismo?

La interpretación de un cuadro, en función de presupuestos críticos, no puede ser sino deficiente; sirve sin embargo para poner de manifiesto los mecanismos interiores que en cierto modo le dan origen. *El obrador de Francisco Lezcano* no es un cuadro espontáneo, es decir, un cuadro que en sí mismo contiene su origen, sino el resultado de un proceso exhaustivo. Este cuadro es el término final de una serie, el clímax de una obsesión. Es preciso, por lo tanto, desentrañar la lógica que rige este proceso gráfico, esta obsesión pictórica. No es difícil percatarse de que Gironella se ha impuesto una finalidad estrictamente pictórica: la de desandar un camino; el camino de Velázquez. Esto equivale en cierto modo a seguir la evolución de una pintura en función de sus tentativas y de sus vacilaciones, como si siempre estuviera vista por el aparato de rayos X. Sólo que esas radiografías no sólo nos revelan las características psicológicas. En este sentido puede decirse que discurre aquí una corriente expresiva que se funde con esa otra corriente —o más bien aspiración— *manierista* que se nutre en, y pretende mantener fluidas, las tradiciones pictóricas.





El espejo ebrio

Ante todo, está el espejo. El espejo está ante todo. Ante todo está el espejo. La gran metáfora del platonismo llevada a su exacerbación barroca. Figuración demente de la lucidez aborrecedora de la realidad del buen obispo Berkeley que se resuelve en un horror kafkiano ante la imposibilidad de poder definirse como realidad o como solipsismo. Ilustración instantánea de ese infierno mental, reluciente y clarísimo que crean los espejos, de esa simetría sin eje: “Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.”

El espejo es la única invención del hombre. No es de extrañar por ello que las grandes visiones del mundo se nos den como un reflejo. Sólo el rey es digno de figurar por siempre la realidad del mundo en la superficie del azogue. *Las meninas* es el mundo visto en el espejo por el rey. Su propio reflejo es sólo incidental. La contemplación es por entero pasiva. La demencia aguarda en el término de los siglos, para saltar sobre su propia imagen y convertir a los hombres en perros rabiosos. Una metamorfosis delirante: el pudridero redivivo, animado de elefantes contagiosos. Ahora nos mira el niño de Vallecas con su mirada desierta. Su mueca es la negación de lo concreto. La realidad se ha desplazado hasta la izquierda, no queda dentro del mundo de la locura más que su borde y sin embargo el cuadro queda para siempre ante nuestros ojos. La fábula no puede convertirse en símbolo porque el símbolo lleva en sí mismo la realidad de lo simbolizado, pero estamos ante nuestro propio reflejo: estamos ante el espejo de la reina, el espejo que no nos engaña respecto a nuestra verdadera condición de delirio.

La máquina del sueño

Paranoia metódica. Inebriación de la experiencia cultural Gironella ha inventado un ideograma cuyo significado trae consigo consecuencias terribles. ¿Osmos proferir las palabras prohibidas? Los perros de la inteligencia acechan. La jauría de princesas encantadas se dispone al acoso de una realidad desconocida y tal vez próxima. Estamos en la montería del sueño dispuestos a la caza de lo absoluto.

Cuando el Borromini agregó la “diabólica perspectiva” al conjunto del Palazzo Spada estaba poniendo una trampa a los sentidos y por lo tanto a la inteligencia. Toda trampa es una limitación, es decir, una concentración de la existencia ante el mal: es penetrar en el terror, ese ámbito en el que la inteligencia se convierte en su propia quintaesencia. Proposición inquietante: la inteligencia es el órgano que mide el terror.

En el caso de *El obrador de Francisco Lezcano* estamos ante una galería como la del Palazzo Spada cuya visión confunde las

funciones de los sentidos y de la inteligencia. ¿No es éste, en cierto modo el ideal del barroco?

Pascal y Berkeley

¿Por qué hablar de solipsismo y de terror a la vez? Estas son ideas que se excluyen aparentemente. Si no existimos más que como la imagen reflejada en el espejo, la disolución de la carne —extremo del espanto— nos es ajena. He aquí la dialéctica inquietante del cuadro. Gironella ha pintado un espejo que nos devora y nos hace vivir dentro de él. Ese espejo es una realidad que nos convierte en nada o en la imagen de lo que verdaderamente somos. Espejo canicular del delirio.

A la manera de...

No puedo definir el “manierismo” sino como el empeño de llevar las formas a sus últimas conclusiones. En este sentido estamos al final de *Las meninas*. Se ha desandado el camino de la vida interior de la obra de arte que no evoluciona sino que degenera hacia la alucinación. La realidad es inmutable sólo como tal. Como hecho percibido va absorbiendo lentamente, a lo largo de los siglos, nuestra propia disolución. Nos acompaña en el viaje de la especie hacia esa lucidez hecha de datos incomprendibles. Toda obra de arte es el origen de un delirio. Si no lo es, ha fracasado. *Las meninas* era el delirio de la luz. Todo en esta obra parece estarse abriendo para dejar entrar la luz que apenas penetra en esa antesala de la cámara de tormento. *El obrador de Francisco Lezcano* es el término de ese ciclo. El mundo está a punto de resolverse en su propia esencia: la sombra. *Fade-in Fade-out*. Sólo la más grande lucidez es capaz de comprender el significado último de la oscuridad. Solo a la nada es asequible el verdadero sentido del espejo y la validez del espejo está determinada por nuestra duda. Ante este cuadro todos seremos Felipe IV en un trasfondo de bruma luminosa, contemplando un devenir hecho de lucidez, de esa lucidez que sólo sirve para darnos la clave de nuestra descomposición, de la disolución de nuestra carne irredimible, para llevarnos suavemente al pudridero en el que la pasión se convierte en un sueño lentísimo acerca de espejos, de cabelleras, de rostros pálidos, de números, antes de ser devorado por las babosas tenaces y repugnantes de las leyes de la naturaleza.

Me planto ante este espejo, consciente de mi disolución. A lo largo de los siglos me he convertido en un bufón idiota. He conseguido apresar la justa medida de lo que soy... y de lo que tú eres, hipócrita lector, hermano mío. Es entonces cuando pienso que es preciso admitir que existimos en un mundo en el que la realidad encubre una mentira. Se trata, claramente, de un mundo en el que el espejo es el más alto atributo de la visión. Ése es un mundo en el que el ser es una forma ficticia (o falaz) del no-ser.



酒
朝



Pablo
González
Casanova

Las
democracias
aparentes
y los
países
semicoloniales

El cuadro político

En los países pobres los parámetros de la vida política están constituidos por sus relaciones de dependencia con otros estados, por sus relaciones culturales y sociales marcadamente heterogéneas y por sus relaciones de producción, que dan lugar a la explotación colonial o semicolonial del conjunto de los habitantes de un territorio dominado y a la explotación "combinada" en el interior de cada colonia o semicolonial.

La política imperialista o colonialista es aquella que busca reforzar la dependencia de los territorios coloniales o semicoloniales, la dualidad y pluralidad de las colonias, la explotación del conjunto del territorio por la metrópoli, y la explotación combinada de los trabajadores campesinos y pequeños empresarios nativos.

A reforzar el monopolio y la dependencia territoriales están destinadas las medidas políticas que tienden a hacer más sólida la estructura monopolística y dependiente de la economía colonial y semicolonial; todas aquellas medidas que tienden a reforzar el monopolio de las importaciones y las exportaciones, el monopolio de las inversiones, el monopolio de la explotación territorial, así como aquellas que tienden a reforzar el monopolio y la dependencia culturales de la colonia respecto de la metrópoli y del gobierno imperialista, las ideologías del hombre colonial, la actitud psicológica dependiente y temerosa del colonizado, su falta de información directa de lo que ocurre en otros países pobres y dominados, de cómo se rebelan ante los gobiernos metropolitanos.

A reforzar el carácter heterogéneo de la sociedad dual, están destinadas todas las medidas que tienden a dividir el país, a tribalizarlo, a fomentar los sentimientos locales —raciales, religiosos, lingüísticos— y a enfrentar unos nativos contra otros, a hacer que unos grupos se sientan superiores a otros por su raza, religión, lengua, y todos inferiores a la raza, la religión, la lengua del país dominante. La estructura misma de las sociedades pobres —sus grandes diferencias de ingreso y cultura, los contrastes que hay en ellas entre los sabios locales, los gobernantes opulentos y la población miserable y analfabeta; la falta de caminos interiores, las grandes diferencias entre la vida civilizada de las ciudades coloniales y la primitiva de las tribus que hacen difícil o imposible cualquier "expresión política uniforme" de las poblaciones colonizadas, cualquier acción de conjunto, es reforzada por todos los medios —políticos, económicos, jurídicos— para convertir a la nación en "fragmentos" religiosos, sociales, culturales, políticos, o para impedir que la sociedad se consolide y convierta "en un todo fuerte y unificado".

La *segregación* es así la política que refuerza la situación colonial y dual de la sociedad: segregación de los nativos respecto de los europeos y blancos; segregación o separación de los nativos del gobierno, la economía dominante y la cultura; segregación de los distintos grupos de nativos entre sí. A esta política de segregación se suma la política de integración colonial de los grupos nativos de las clases dominantes como empleados y aliados del gobierno, la cultura y la economía coloniales.

A reforzar la política de explotación territorial y de explotación combinada de un país colonial o semicolonial, están destinadas las medidas tradicionales que logran monopolizar un

territorio y las que permiten a los monopolios, en la etapa del imperialismo financiero, dominar el gobierno colonial, y convertir en una ficción el "Estado" de los países semicoloniales. En esta etapa se combinan deliberadamente las formas de dominio propias de los más antiguos y remotos imperios con las formas de dominio y lucha de los monopolios, a fin de someter y explotar a los territorios que quedan bajo su esfera de influencia. En el interior de los territorios coloniales y semicoloniales, a la convivencia natural de distintos sistemas de explotación —esclavismo, feudalismo, capitalismo—, se suman las medidas que deliberadamente toman el imperialismo y sus aliados para mantener una explotación combinada sobre la población trabajadora: medidas para mantener o fortalecer el esclavismo —abierto u oculto—, medidas para mantener o fortalecer la prestación de trabajos obligatorios, la entrega en especie de una parte del trabajo o de los productos, y medidas destinadas a abatir al máximo los salarios y niveles de vida y a incrementar a un máximo las utilidades.

Y es en este cuadro donde surgen las democracias de los países semicoloniales. Las fuerzas nativas, que en un momento dado de la historia de una colonia, buscan llevar a la práctica el modelo de desarrollo de los países europeos, se enfrentan a obstáculos gigantescos, que convierten en una pobre imitación y en instrumentos muy poco eficaces todas las instituciones que tratan de implantar para lograr su independencia, su desarrollo económico y su progreso social.

La Independencia, la Soberanía, la Libertad, los derechos de organización de los trabajadores y las organizaciones mismas como el Estado, el Congreso, los partidos, los sindicatos, se convierten fácilmente en instituciones teatrales que en poco o nada sirven al desarrollo económico y social de los pueblos semicoloniales, que simulan la civilización, el progreso, el avance, y hacen de la simulación pública y de la ineficiencia nacional, la esencia misma de la vida política.

Los ideales más caros a la Civilización Occidental, trasladados a un cuadro político-económico colonial o semicolonial adquieren características totalmente distintas. La democracia se convierte en el opuesto de todos y cada uno de sus postulados, y resulta imposible pensar en estos países que se trata efectivamente de un ideal de gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo. La historia de la humanidad no conoce mayor contradicción entre el ideal democrático y la realidad que aquella de las colonias y semicolonias. "Los Estados Nuevos —escribe con razón Panikkar— en general han copiado las instituciones de la potencia metropolitana que los tenía bajo tutela sin tratar de buscar las diferencias entre lo que es esencial y lo que no lo es. Se han convertido así en democracias teóricas, que tienen muy poco en cuenta, en la mayoría de los casos, las condiciones económicas y sociales que son características de cada uno de ellos. De ahí que en muchos de estos países reine una atmósfera de irrealidad, un hálito de comedia."

La falta de controles

Las democracias —como cualquier otro sistema de gobierno— son una función de los grupos reales de poder y de las clases, y para analizar su funcionamiento real es necesario vincu-



lar sus diversas instituciones a estos grupos. En los países semicoloniales son una función de los grandes terratenientes, semi-feudales, y de los plantacionistas, doblados a menudo de "coroneles" y "generales". Estos grupos, aliados de la burguesía extranjera y de la burguesía compradora, establecen un sistema de control político cuyas formas son democráticas y cuyo contenido real niega totalmente los ideales democráticos, y en ocasiones sólo los tolera en el ámbito limitado de las clases dominantes. Es el caso de la democracia que prevalecía en los estados árabes llamada *democracia de los pachás*, o la que en América Latina se llama hoy *democracia de los gorilas*. En ambos casos, los grupos dominantes de la semicolonia, ejercen un poder formalmente democrático, que sin tener los sistemas de control de los pueblos metropolitanos, coincide con las más violentas y agudas formas de dictadura, y que sólo deja —a veces— el ejercicio de algunas libertades para la propia élite gobernante, que por todo ello se convierte en la más asidua defensora de la "democracia".

En los países semicoloniales las masas populares son, por la estructura misma de la sociedad, un "instrumento de la democracia" y la "democracia" con todas sus instituciones un instrumento de los latifundistas, los plantacionistas y la burguesía compradora. Para controlar a estas fuerzas no existe por lo general ni una amplia clase media ni una numerosa clase obrera. Las clases media y obrera son en estos países de por sí reducidas y están mal organizadas. De las dos sin duda es la primera la que tiene más influencia en la política. "En todas partes las exigencias de las clases medias —escribe Lambert— son más violentamente expresadas y más fácilmente atendidas que las del pueblo, pero en la sociedad dualista de los países desigualmente desarrollados, las clases medias tienen aún más autoridad, porque las masas de los países subdesarrollados son silenciosas." Su descontento es, sin embargo, impotente para trazar una política y organizarse por su propia cuenta hasta lograr un respeto efectivamente democrático de sus contingentes. Alistadas en los instrumentos de poder de la élite semicolonial —en sus partidos y organizaciones políticos—, sobornadas con cargos públicos y ascensos burocráticos que son su fuente primordial de vida en países de escasa industrialización, durante las grandes crisis y golpes de estado fácilmente se alían a los militares descontentos, y con ellos logran cambios de poder y puestos que en nada modifican la estructura política y social. Separadas de las masas campesinas dejan el control de éstas a los latifundistas, que con la élite gobernante las utilizan para cubrir el expediente de las luchas democráticas. A lo sumo, las clases medias llegan a aliarse a las masas urbanas, de campesinos desarraigados y obreros descalificados y con ellas y la burocracia militar descontenta, se apoderan de los puestos administrativos del gobierno semicolonial.

Dentro de la clase media destaca un sector que juega un papel particularmente importante en los países semicoloniales, sobre todo en las épocas de transición: el estudiante. Las limitaciones de su acción son también muy claras. Lambert ha explicado con gran acierto la función del estudiante en la política de estos países: "El fomento de agitaciones políticas por movimientos estudiantiles es una característica de las estructuras sociales de transición; es lo que está ocurriendo hoy en varios países en proceso de industrialización y es lo que ocurrió en la

Europa del siglo XIX. Las revueltas que se originan porque las universidades no seleccionan a los maestros que convienen a los estudiantes, por los aumentos de tarifas en los transportes colectivos, por la supresión de descuentos en los teatros y cines, o por otros motivos más elementales y desinteresados, ocurrieron en el periodo de la industrialización en Francia y Alemania, como hoy ocurren en la India, Egipto y Brasil. Y aunque a menudo buscan su justificación en el nacionalismo son antes que nada un indicio de falta de desenvolvimiento económico. Corresponden a una fase de evolución política que termina con la educación y la organización del proletariado. Pero las revueltas de estudiantes —añade— no constituyen por sí mismas revoluciones; no disponen realmente de fuerza propia; sus manifestaciones parecen poderosas porque a ellas se suman generalmente los alumnos de las escuelas secundarias, que engruesan sus filas y sobre todo, porque la juventud de los manifestantes y las relaciones de algunos de ellos con las clases dirigentes, vuelve muy delicada la misión política. En las grandes ciudades sus manifestaciones también son peligrosas porque la población marginal, ociosa, es a veces muy numerosa, y se aprovecha del desorden. A veces los estudiantes consiguen arrastrar a un proletariado que aún está muy poco preparado para tener una política propia; sus movimientos sin embargo difícilmente se vuelven populares porque los estudiantes están muy apartados del pueblo y porque el pueblo del interior, indiferente a la política, sigue los cuadros rurales que le son más familiares."

En cuanto a la clase obrera, numéricamente inferior en los países subindustrializados, y con características en ocasiones próximas al esclavismo y típicas de la explotación combinada, tiene un peso político insignificante. Los gobiernos coloniales y semicoloniales luchan en condiciones muy favorables y logran retrasar su desarrollo, prohibiendo en primer término en las leyes la organización de los trabajadores, y cuando el derecho a estas organizaciones es reconocido, haciendo de las leyes letra muerta. Las organizaciones de trabajadores evolucionan como en Europa los gremios, mutualidades y otras formas semejantes a las de la época medieval europea y la etapa inicial del capitalismo, hacia formas sindicales subdesarrolladas, contenidas en su desarrollo. De hecho, como escribe Balandier, tanto "los bajos salarios son específicos de todo país que se abre al desarrollo económico, como lo es la debilidad de las organizaciones encargadas de asegurar la defensa de la clase obrera. El sindicalismo no tiene en Asia y África —y añadiríamos en América Latina— eficacia política. Le faltan cuadros. No siempre es utilizado para buenos fines. Está pulverizado por el juego de una especie de 'particularismo profesional', al tiempo que dividido políticamente".

En algunos de estos países, sometidos al proceso de crecimiento económico semicolonial, el movimiento obrero va creciendo y aumentando sus bases numéricas a lo largo de los territorios y de las industrias, y se le ve luchar por las causas del trabajo mediante negociaciones y huelgas, pero la estructura del movimiento sigue siendo muy inadecuada para el éxito de sus fines. "La estrecha base sobre la cual descansan las uniones de trabajadores —dice Sita Ram Agrawal, un autor indio— sumada al crecimiento de uniones rivales que luchan unas contra otras, ha debilitado la fuerza y los recursos del movimiento. El proceso se ha acentuado por sus divisiones de tipo político. La maqui-

naria para la coordinación de la actividad de las uniones sindicales en forma horizontal y vertical es débil. Como tal, el movimiento carece de cohesión y unidad de propósito y acción. Las finanzas se encuentran en malas condiciones. Funcionalmente sigue siendo un movimiento subdesarrollado. En su trabajo carece de eficacia y de significación democrática. En resumen, a pesar de que logre ciertas ganancias en cuanto al número de sus miembros, carece de un crecimiento sólido y real. Por eso no tiene uno por qué sorprenderse —añade— de que Shri Devan Den del INTUC (Indian Trade Union Council) haga el siguiente comentario: "Ciertamente el movimiento obrero de la India no ha salido aún de su etapa de agitación. En la perspectiva de una huelga crece y después de ella, ya sea que alcance una victoria o una derrota, languidece." Otro autor, también indio —Asoka Mehta— caracteriza el sindicalismo de los países subdesarrollados en la siguiente forma: "Los principales defectos del sindicalismo asiático son sus escasas finanzas, el reducido número de sus miembros y la forma irregular en que participan, la falta de experiencia y de madurez entre los dirigentes, la influencia que ejercen los 'agentes', la explotación que se hace de los sindicatos para fines políticos, la rivalidad y multiplicidad de las uniones, la precaria organización que logran en sus distintos niveles, la ausencia de trabajos sociales, la fuerte supeditación en que se encuentran respecto a la maquinaria del Estado."

Algo semejante podría decirse del sindicalismo en África y América Latina, particularmente en aquellos países más característicamente subdesarrollados. Así, aun cuando las ideas modernas de la organización de los trabajadores hacen su aparición en estos países, las características dogmáticas y formalistas que adquieren, el modo esporádico y aislado en que surgen, sumados a la debilidad de conciencia de clase de los obreros nativos, y a la presión que sobre ellos ejercen los trabajadores semisiervos y semiesclavos, enajenados y manipulados por los plantacionistas, terratenientes, empresarios y gobiernos, hacen que el movimiento obrero en estos países frecuentemente no sea "algo más que una ficción".

La estructura colonial del desarrollo, el establecimiento de marcadas diferencias entre el trabajador nativo y el extranjero, entre los trabajos calificados y no calificados, pasan a las sociedades semicoloniales y se mezclan en unas y otras con las divisiones naturales y fomentadas, que caracterizan a la sociedad heterogénea, logrando que el movimiento obrero avanzado se encuentre limitado a pequeños islotes, territoriales y culturales. El trabajador con empleo se ve amedrentado siempre por la competencia esclavista o para-esclavista, ve con terror la posibilidad de caer en esa condición, y al mismo tiempo se siente presionado por formas coercitivas semejantes a las que se emplean con los trabajadores agrícolas coloniales y semicoloniales, y por las organizaciones obreras ficticias, que dependen de los caudillos y que son manipuladas por éstos o por las autoridades centrales.

Debilidad de organización, falta de eficiencia, aislamiento territorial y cultural, y acciones aisladas, que se limitan a los momentos de agitación, caracterizan así la debilidad de los obreros y de las uniones de trabajadores en los países coloniales y semicoloniales.

En cuanto al sector campesino, en condición próxima a la del esclavo, o la del siervo controlado a base de la violencia y de organizaciones religiosas, militares y personalistas, sólo oca-

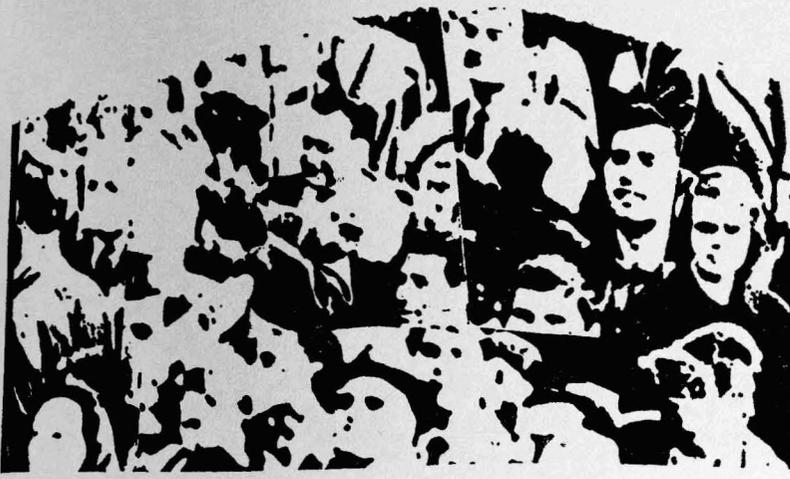
sionalmente, en forma explosiva y esporádica, se rebela contra la situación en que se encuentra. Carece de organizaciones propias democráticas y representativas, y es impotente para organizarse y luchar en condiciones de paz. Sólo en las revueltas y guerras civiles, en las explosiones aisladas o revolucionarias alcanza una organización, siempre secreta o militar, destinada siempre a luchar en la única forma en que la lucha es tolerada, esto es mediante la violencia y la rebelión. Aislado del movimiento obrero, y de las clases medias descontentas, frecuentemente está aislado entre sí y da golpes discontinuos, con un instrumental teórico y militar que conduce a las rebeliones "primitivas", tan frecuentemente aplastadas en estos países, o a rebeliones más efectivas; pero nunca a movimientos cívicos realmente influyentes.

En tales condiciones las clases medias, los estudiantes, los trabajadores y los campesinos ejercen una acción política esporádica y circunstancial. El aislamiento geográfico, el aislamiento por clases, estamentos, grupos raciales y culturales corresponde a una escasa organización horizontal y vertical de estas clases y a la incapacidad de luchar políticamente para controlar a los gobernantes nativos y extranjeros.

El que el gobierno sea controlado por estos grupos —en forma de sindicatos, uniones, asociaciones, partidos— no sólo es considerado inconveniente por el poder colonial y semicolonial, sino que es perseguido con una política de aislamiento y aniquilación, una política gubernamental que tiende a incrementar el aislamiento estructural de los grupos y a aniquilar política y físicamente sus uniones y organizaciones. Así la acción política de los países subdesarrollados es fundamentalmente discontinua, y surge en forma explosiva, en condiciones de violencia que van desde las manifestaciones multitudinarias hasta las rebeliones y las revoluciones.

Las formas que reviste la política ligada a la violencia son distintas. En las etapas de mayor inmadurez la acción política surge en manifestaciones particularmente aisladas, con organizaciones espontáneas, improvisadas: tal es el caso de los paros, huelgas, sabotajes, concentraciones y mítines que se celebran ora en una ciudad o en una fábrica, ora en una plantación o una escuela. Algo semejante ocurre con las rebeliones campesinas que surgen en forma independiente, sin contacto alguno entre sí, ya en una tribu, ya en una región, y que sin organización y sin fuerza son fácilmente aplastadas. En esos casos la acción política se ejerce ligada a la violencia, pero aislada y desorganizada; después cesa en forma casi total. En otros casos aparecen alianzas entre distintos grupos y clases; la violencia encuentra una unión que suele establecerse por intermedio de los militares descontentos. Los militares descontentos juegan así un papel singular en la evolución política de los países coloniales y semicoloniales y en los movimientos explosivos que aparecen en ellos. Adiestrados para la lucha, habituados a la organización, las clases medias y por su conducto los líderes obreros y campesinos llegan a ver en el militar descontento la esperanza de un cambio. Y el cambio se lleva a cabo, cambio de personas, de poderes, sin cambio de la situación, de la estructura, del sistema.

Se requiere una larga experiencia, un doloroso aprendizaje, para que los estudiantes, las clases medias y los intelectuales, los campesinos y los obreros se den cuenta de que necesitan organizarse y unirse, que para triunfar requieren de una organización permanente y de una acción continua prerrevolucionaria y posrevolucionaria. Esta organización no puede alcanzarse con



meros conceptos abstractos, sino pasando por la propia escuela de la violencia que tienen implantada permanentemente los gobiernos coloniales y semicoloniales, y que coincidiendo a menudo con un aparato democrático, establecido en las constituciones y las leyes, hace de éste una burda representación.

El funcionamiento de las democracias aparentes

Las llamadas democracias, que carecen de un sistema de control popular, caracterizan desde el siglo XIX a un inmenso número de países subdesarrollados. Tienen un comportamiento sui géneris. Los partidos, la opinión pública, la propaganda ideológica y política, la información, el sufragio y las elecciones, la Constitución y las leyes operan de un modo muy especial, que por fantástico que parezca posee cierta lógica, ciertas reglas.

Originalmente los partidos de los países subdesarrollados reflejan la estructura semifeudal de estos países e incluso su estructura tribal. Se trata de instituciones que denominándose a sí mismas partidos, son en realidad asociaciones dirigidas por las "grandes familias" y los grupos de poder encabezados por los terratenientes, dirigentes tribales y caudillos, en las que prevalecen las relaciones personales sobre los programas políticos: "el poder de esas asociaciones es mayor que el reconocimiento de un programa o de una plataforma de principios prácticos" (escribe Bonné). Los partidos organizados por los intelectuales y clases medias a modo de los partidos europeos, sólo entran al juego político en la medida que agrupan e interesan a los sectores sociales de pequeños o grandes propietarios, de industriales o militares descontentos, y sólo agrupan a las masas mediante vinculaciones de tipo personal, en que el caudillo, el jefe, el amo, el patrón, el cacique sirven de aglutinantes en mucho mayor medida que los programas políticos y sociales; ellos son los *mediadores* de estos programas.

Las divisiones de los partidos —como cualquier otra división interna de un país semicolonial— son utilizadas invariablemente por el imperialismo para presionar a los gobiernos constituidos que llegan a enfrentarse, y en su caso para derrocarlos a fin de poner un gobierno pelele. La intervención del imperialismo en el juego de los partidos de los países semicoloniales y la configuración misma del poder en estos países, su tendencia al establecimiento de gobierno sin un sistema de control popular derivan, *necesariamente*, en la eliminación de los partidos por los gobiernos peleles, o por los gobiernos nacionalistas. Unos y otros, basados de suyo en una estructura del poder sin controles democráticos, luchan por establecer su hegemonía, una vez que obtienen el poder, mediante la eliminación de los partidos. Contienen el desarrollo natural de los partidos, fortalecen los vínculos personales de los dirigentes y su dependencia del poder central; y eliminan toda oposición partidista, fomentando la dependencia de las masas respecto de los dirigentes aliados a los gobiernos. Por su parte la oposición de las masas está siempre mediatizada por la oposición de los caudillos. Las masas sólo potencialmente se oponen. En realidad su falta de cultura política, de organización política de base, y su dependencia de los jefes y caudillos, hacen que éstos sean los verdaderos opositores, los verdaderos peligros. Por ello el crimen político tiene una función tan importante en estos países. La desaparición del

caudillo y de sus relaciones personales de autoridad frecuentemente deriva en la inanición de las masas, y en la aparición de un nuevo caudillo que las controla.

Esta tendencia general a eliminar la aparición de grupos de poder independientes del caudillo en el poder, es así la consecuencia de la lucha del *caudillismo* contra la organización de base, y de la lucha del poder central semicolonial contra el nacimiento de partidos independientes. El caudillismo lucha, desde el gobierno o desde la oposición, por eliminar las organizaciones partidistas populares, y el imperialismo apoya a los caudillos que le sirven de intermediarios y están en el poder.

Los gobiernos nacionalistas por su parte buscan también eliminar a los partidos de oposición en virtud de que fácilmente se convierten en instrumentos del imperialismo. La tendencia se acentúa por el tipo de gobierno propio de los países coloniales y semicoloniales, por la estructura del gobierno y de la administración pública. En estos países el ejercicio del poder de arriba hacia abajo —mediante vínculos personales de caudillos y jefes— hace del reconocimiento de un jefe supremo por todos los demás la base del poder: así el poder mismo es el reconocimiento del gobierno central, por los gobiernos locales —estatales y municipales—, el reconocimiento del poder ejecutivo por el legislativo, el reconocimiento del poder ejecutivo por el judicial, el reconocimiento del caudillo o del presidente por el partido del gobierno, por el partido del caudillo. La oposición a este sistema de relaciones personales de dominio no es tolerada. Desde la cúspide hasta la base todos aquellos que ejercen el poder lo ejercen por las relaciones personales de parentesco, confianza, compadrazgo; la oposición de uno de ellos es considerada como una traición personal y como una amenaza a todos estos vínculos, difíciles de substituir por otros nuevos. En efecto, las relaciones personales son insubstituíbles. Su substitución es peligrosa; no presenta puntos de referencia objetivos, fáciles de aclarar. Lo único claro, seguro, es la relación personal, hereditaria y sancionada. Por ello las ideologías, los programas de los partidos no aclaran nada, no cuentan nada; lo que cuentan son los jefes y en torno a un mismo caudillo se pueden fácilmente reunir una serie de secuaces con los más distintos programas e ideologías, siempre que mantengan fidelidad personal. No es así difícil ver en torno a un mismo caudillo hombres de derecha e izquierda, que tratan de influir en su *decisión* y en última instancia siempre reconocen su *decisión*.

Todos estos factores: el semifeudalismo de los países subdesarrollados, y el juego del imperialismo con los partidos de las nuevas naciones, sumado a las formas coloniales de centralización y concentración del poder, han derivado en la inmensa mayoría de los países semicoloniales a formas de gobierno en que predomina un sólo partido —como es el caso del Partido Republicano del Pueblo en Turquía, de la Liga Musulmana en Pakistán, del Partido Nacional Unido en Ceylán, del Congreso Nacional Indio en la India. Estos partidos encierran en su seno a los verdaderos grupos de poder y, a lo más, dejan que luchan en el interior del partido los distintos grupos de interés, personales o ideológicos; pero no toleran la lucha fuera del partido, no permiten la existencia de otros partidos, no permiten que los partidos de oposición (en caso de existir) luchan efectivamente.

La alternativa que presenta un partido de oposición no es otro gobierno ni otro tipo de gobierno, sino la anarquía o la guerra civil. Los partidos mismos de la oposición en muchos de estos países no luchan por obtener el gobierno, sino por obtener concesiones del gobierno. Partidos ficticios y democracias simuladas, los partidos de oposición tienen como función obtener prestaciones directas o indirectas del gobierno y permitir que se realice la simulación del juego de partidos. Es esa la misma función que tienen el poder legislativo y el judicial —como ha hecho ver M. A. de Silva en su estudio sobre el gobierno parlamentario en los países subdesarrollados—; sus miembros obtienen prestaciones directas o indirectas que empiezan por las plazas mismas de diputados y jueces con que se premia a los distintos caudillos y jefes políticos a través de sus familiares, amigos, empleados, que hacen el juego parlamentario o el juego de la independencia judicial, y cubren el expediente constitucional.

Lo interesante es que este mismo proceso de centralización del poder se traslada a los gobiernos nacionalistas de los países subdesarrollados, en los que —como escribe Jennings con razón “la lucha por la autodeterminación desalienta la formación de partidos de la oposición”, y en los que la lucha por la unidad nacional frente al imperialismo, por la cooperación nacional hacen que “el partido oficial no sea necesariamente —como reconoce Padgett— un instrumento de imposición. Puede ser —en efecto— un medio para acortar la distancia entre el autoritarismo y la democracia representativa”.

En todo caso en estos gobiernos nacionalistas de los países pobres, deseosos de fortalecer la independencia nacional y de incrementar la participación efectiva de las masas en el gobierno es donde se plantea algo más que una contradicción entre el formalismo democrático y la realidad dictatorial: la contradicción entre la necesidad de fortalecer el Estado frente al imperialismo y la necesidad de aumentar la participación del pueblo, sin alentar o permitir divisiones que puedan ser utilizadas por el imperialismo. El formalismo y la simulación de los partidos llegan así en los países subdesarrollados hasta los gobiernos revolucionarios y nacionalistas de tipo burgués que mantienen en el derecho el sistema de partidos y en la realidad buscan la centralización del poder y aumentan el raquitismo de una oposición que estructuralmente ya es raquítica, que lucha primordialmente por los intereses de sus jefes, y tiene muy poco que ofrecer como resultado de una actividad política que no puede conducir al poder. Sólo las relaciones personales de los caudillos y grupos de la oposición y la canalización de los sectores descontentos que se presentan ocasionalmente en las elecciones incrementan el poder de la oposición.

El sufragio, el voto y las elecciones presentan un comportamiento no menos formal en los países subdesarrollados, de estructura semifeudal y plantacionista y de cultura heterogénea. Lambert señala el hecho paradójico de que “conforme el sufragio es realmente más universal, más sólidamente asegurada estará la autoridad del señor o de la clase a que pertenece la política nacional. El Estado nacional —añade— no está en realidad constituido por individuos, sino por grupos, y para los jefes de las comunidades, los sufragios de las clientelas equivalen a un voto plural...” Predominando como predominan las relaciones personales, el ejercicio del voto es una función del

cacique, terrateniente, plantacionista o jefe político y militar. “... El ejercicio del voto es un deber con el patrón o con el jefe político y no un deber con el Estado o un derecho...” Los jefes poseen así verdaderos *votos colectivos*: indican a sus subordinados cómo deben votar, les proporcionan medios para transportarse a las urnas, y les garantizan su seguridad, empleando la maquinaria política y militar para proteger el acto. La policía, los oficiales del registro de las mesas electorales, el ejército, subordinados a los jefes políticos y al gobierno de que forman parte protegen a las masas que van a votar en el sentido señalado por los jefes. Ellos mismos son incapaces de votar en forma contraria, considerando como acto de deslealtad la protección del voto de la oposición, y como un acto de lealtad la protección e incluso la orientación del voto en favor de los jefes. Así, en estos países es frecuente ver el espectáculo de la votación colectiva, en que el sufragio es una ficción y la verdadera elección es derecho exclusivo del jefe protegido por todos sus subordinados.

Pero si el sufragio universal funciona en favor de la estructura autoritaria, semifeudal y personalista, la limitación del sufragio —según la cultura, la raza, o los ingresos—, lejos de ser una solución para la “democratización” de estos países, sirve para eliminar automáticamente a las grandes masas ignorantes, analfabetas y pobres y para mantener la democracia feudal y oligárquica.

En todos estos casos funciona de un lado el caciquismo, el presidencialismo, el coronelismo y otras formas de gobierno por lo general autoritario, personal; y de otro, la pluralidad cultural, la sociedad heterogénea. Estos factores no son menos importantes en la configuración del voto y en la lucha política. La heterogeneidad cultural que se presenta en la mayoría de los países semicoloniales y que suele abarcar todos los estadios de civilización y cultura, contribuye formidablemente a incrementar la dependencia de las masas —aisladas, analfabetas, carentes del idioma nacional, de la cultura jurídica y política— respecto de sus jefes y caudillos. Marginales a la cultura nacional, grandes sectores de la población son también marginales a la política nacional. Y aunque la ley les reconozca —como en las sociedades relativamente más homogéneas— igualdad de derechos, sobre la base de que todo adulto está capacitado para emitir su voto —sea carpintero o profesor universitario, campesino o trabajador, hombre de altos o bajos ingresos— en realidad lo que en las sociedades homogéneas puede constituir una enajenación parcial en la decisión, en la elección, en el juicio, en las sociedades heterogéneas se convierte en una falta de elección, de decisión, de juicio, en que las poblaciones marginales participan en los procesos electorales, como se participa en un rito cuyo significado no es totalmente conocido, y con el solo objeto de acatar las órdenes supremas y de evitar las sanciones y el odio de quienes detentan el poder. En estas condiciones difícilmente se puede hablar de una opinión pública y de ganar a la opinión pública mediante la orientación política y la propaganda. La opinión pública se encuentra en pequeños sectores y grupos del país, aislada, atomizada geográficamente y políticamente, y para orientar el voto resulta mucho más útil y funcional el control político personalista o institucional que la orientación política o la propaganda. No es extraño así que los gobernantes busquen sobre todo el control político, y que incluso se desentiendan de la educación y la propaganda políticas; no es



extraño tampoco que se desentiendan de la propaganda y la orientación política de la oposición. La libertad de oponerse verbalmente, en discursos y diatribas, no afecta para nada la estructura del poder, no influye en las decisiones, en las elecciones, ni por parte del sector gobernante ni por parte de la oposición. Por ello el uso de la palabra, de los discursos, de la propaganda es también una especie de rito que cumple la clase gobernante a sabiendas de que la elección ya está hecha, de que la votación ya está orientada.

En algunos de estos países hay una verdadera libertad de expresión, cuando la clase gobernante cobra conciencia de las gigantescas limitaciones que la libertad de expresión tiene para modificar la situación política: en efecto pocos son los que leen la prensa y casi nadie el que decide su posición política por la prensa o los discursos. La decisión se toma por consignas, por respeto a la autoridad o el jefe, y a lo más por conversaciones privadas. La palabra pública con sus características rituales, con su retórica de papagayo, en que habitualmente la democracia no es democracia, los partidos no son partidos, el municipio libre no es libre, los estados soberanos no son soberanos, el poder legislativo que es independiente del ejecutivo no es independiente del ejecutivo, las elecciones no son elecciones, el sufragio no es sufragio; esa palabra pública —que se pronuncia en los discursos para cubrir el expediente y practicar el ritual democrático— es precisamente la palabra que no sirve para orientar sobre la realidad. Se usa como parte de un ceremonial y nada más. Sólo el diálogo privado del jefe, del cacique, de las familias y aliados, sean gobernantes u opositores sirve para orientar la acción política. La propia palabra pública de la oposición es una palabra demasiado abstracta que sirve a modo de comentario y de crítica inoperante. La verdadera oposición, la más efectiva, también trabaja en silencio o en voz baja.

En medio de todo esto ganar las elecciones es muy importante. El acto electoral sanciona en forma ritual la continuidad o la obtención del poder. Justifica el que un hombre detente el poder, como presidente de la nación o del municipio, como gobernador o diputado. Al efecto, se toman todas las medidas necesarias para proteger el triunfo, y para controlar cualquier viso de oposición efectiva. En el cumplimiento del ritual electoral los jefes políticos utilizan todos los medios, unos paternalistas y autoritarios, otros dictatoriales. A sus secuaces los hacen votar y votar en un sentido determinado mediante simples órdenes, o por medio de amenazas implícitas o explícitas, de ofertas y pequeños regalos, de engaños elementales. Para el "ciudadano" común el voto significa el acatamiento de una orden o de una consigna, un paseo a la ciudad y a las casillas electorales, una comida, unos zapatos o un poco de dinero, la posibilidad de no quedar mal con los jefes y las autoridades. Para nada significa la designación de un gobernante, la elección de un programa, la participación en el gobierno. De ahí su escaso valor y la enorme posibilidad de comprar votos.

Cuando los sistemas tradicionales de control del voto no son suficientes se emplean como colaboradores eficaces recursos elementales, que tienden a orientar la votación sin que signifique en la realidad una elección política: así, en Ceylán se usa el color amarillo que es el color budista, y en México el PRI usa los colores de la bandera nacional y el PAN el azul del manto de la Virgen María.

El ciudadano analfabeto "elige" según sus creencias religiosas

o patrióticas. En sectores más avanzados de la población, conscientes de que no hay elección posible, de que la elección ya está hecha, de que sólo falta por cubrir un expediente y quedar bien con las autoridades, por sentido común la gente no vota por el que irremisiblemente va a perder, por el que necesariamente no va a estar en posibilidad de ayudar con trabajos, protección, prestaciones individuales y sociales. El ciudadano se convierte así, por sentido común, en apoyo de la elección que no es elección. Y cuando el candidato de la oposición —caudillo o jefe político— y sus secuaces dan muestras de tener una gran capacidad de lucha, se recurre con holgura al fraude o la violencia. Los fraudes electorales que se emplean en los países subdesarrollados son muy parecidos: en el registro de electores se incluye a los muertos y los muertos votan; votan también las personas ausentes y votan las mujeres que nunca salen de sus casas; por las mañanas, antes de que empiece la elección se confeccionan los votos y se llenan las urnas. Si aún así queda el triunfo en la oposición se roban las urnas y se substituyen por otras debidamente confeccionadas. A todo esto pueden venir las protestas y los actos de violencia. Muchos son los que suelen morir en las elecciones, particularmente cuando surge una oposición vigorosa. Y entre los muertos puede estar el candidato mismo de la oposición. A veces muere éste en el curso de la elección o en la campaña. Rara vez se pone como candidato de la oposición a un muerto, aunque suele ocurrir, como en Corea, donde Sygman Ree jugó dos veces la presidencia de la República contra un candidato de la oposición que estaba muerto.

En estas circunstancias no es extraño que muchas gentes "de conciencia" no quieran participar en las elecciones y que muchas gentes marginales —analfabetas o de culturas ágrafas— ni siquiera sean llamadas a votar. Los jefes y funcionarios políticos por sí mismos colocan los votos, con ahorro de tiempo y dinero, y sólo llaman a unos cuantos ciudadanos para cubrir el expediente. Es característica frecuente de los países subdesarrollados la escasa proporción de la ciudadanía que *efectivamente* vota —a veces hasta menos del 5% del total— y la que vota lo hace en las condiciones antes señaladas.

Las formas políticas

El proceso electoral surge de un régimen autoritario y deriva en un régimen autoritario. Ello ocurre no obstante que la inmensa mayoría de estos países tiene una constitución. En efecto, desde el siglo pasado en América Latina, y hoy en Asia y África, la mayor parte de los países subdesarrollados no sólo tienen un régimen constitucional, sino un sistema republicano. Hay más monarquías en Europa, que en África, Asia o América Latina. Pero las constituciones no son sino un amplio ideal que no se cumple, un programa titánico que no se realiza.

En estos países las constituciones, como todas las ideas o instituciones democráticas poseen una doble vida —formal y concreta— cuyos contrastes son de una violencia sin precedente. El derecho escrito y en particular el constitucional, cumplen la función de los libros sagrados, normativos, en que se señalan los ritos religiosos y la forma de practicarlos. En estas sociedades, el formalismo jurídico es visto como un rito por quienes no comprenden su simbolismo. Otros lo ven como una

especie de comedia que es necesario representar, a veces por respeto a formas e instituciones que se consideran ideales de la sociedad en que se vive, o por mantener un orden establecido jurídicamente, cuyo rompimiento tendría peligrosos efectos políticos y provocaría levantamientos justificados también formalmente, o, en fin, para sancionar los actos más ilegales, violentos e injustos, mediante un disimulo jurídico-político, al que se van acostumbrando los gobernantes y ciudadanos más conscientes, y que se convierte en una especie de exigencia del sentido común, de modo natural de actuar en la vida pública. Lo avanzado de muchas de estas leyes y constituciones provoca una satisfacción "moral" muy grande entre los gobernantes de estos países, hace que se sientan muy civilizados y progresistas, y que se presenten ante el mundo y los congresos internacionales, satisfechos de su misión civilizadora y aun dispuestos a incrementarla. Muchos delegados de estos países ante los organismos internacionales no sólo hacen "fervientes discursos sobre la democracia", sino que están dispuestos a "firmar las más modernas convenciones internacionales del trabajo y a adoptar medidas que países más avanzados dudan en adoptar". No es extraña tanta generosidad, cuando permite a los gobernantes la satisfacción de sentirse civilizados y justicieros, sin el menor riesgo y con la más absoluta seguridad de que todas las medidas jurídicas quedarán, como letra muerta, en el papel.

En los países subdesarrollados la democracia ha sido un ideal, la constitución democrática un programa. Un ideal que nada ha tenido que ver con la realidad y un programa permanentemente incumplido. La realidad es que los regímenes constitucionales son dictatoriales, personalistas, útiles al plantacionista, al terrateniente, al gran empresario, nativo o extranjero; que los partidos, las elecciones, las leyes son instrumentos de esa dictadura; que la opinión pública no existe o no se toma en cuenta; que hay una inmensa población marginal a la política, que vive en condiciones infrahumanas, padeciendo todos los tipos de explotación que conoce la historia humana, desde el esclavismo hasta el capitalismo, y que las leyes, los partidos, las instituciones democráticas no son instrumentos de cambio político, sino en la medida que derivan en los golpes de estado, las rebeliones, las revoluciones. Por ello es frecuente en estos países que junto a la parafernalia de los discursos y teorías democráticas se levante un escepticismo que aparta de la acción pública a los ciudadanos más conscientes y deja en la indiferencia a la mayoría de los ciudadanos. En las condiciones normales de estos países abunda el *chiste* político —particularmente en las clases medias—, como una forma de rebelarse ante una situación que no se puede o no se intenta modificar, y como forma de expresar la frustración en que se vive. Y cuando se intenta cambiar la situación no se piensa en hacerlo mediante las elecciones, lo cual sería el absurdo de los absurdos, sino mediante actos de violencia. Entre los hombres conscientes se desata un desprecio o un odio profundo por todo el aparato de simulación, de comedia, cuyos rituales buscan ocultar regímenes dictatoriales de la peor especie, que dominan y explotan a la población mediante el crimen, el despojo, el terror y diciendo, clamando, repitiendo que eso es la democracia.

Sólo los individuos "románticos", retóricos y cursis de los países subdesarrollados, y los políticos e intelectuales de las metrópolis que están satisfechos con practicar en casa el sistema de partidos, de elecciones, de gobiernos más o menos represen-

tativos, ponen sordina a esta realidad de los países semicoloniales y se llenan la boca de elogios para hablar de las democracias que privan en ellos. Los pueblos subdesarrollados —coloniales y semicoloniales— conforme se van desarrollando, urbanizando, industrializando, conforme cobran conciencia de sus posibilidades políticas nacionales e internacionales buscan tirar esta "carcasa inútil" y bárbara, que es la negación misma de un gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, la negación de la libertad, la igualdad, la fraternidad, y buscan establecer nuevos sistemas de gobierno en que el pueblo gobierne aunque no haya juego de partidos, en que el gobierno gobierne para el pueblo y por mandato del pueblo aunque no haya elecciones, en que la libertad y la igualdad no estén sólo consagradas en el derecho, mientras en la realidad se vive en una dictadura militarista o para-militarista, en medio de las mayores desigualdades económicas, sociales y culturales que conoce la historia.

Estas democracias de los países semicoloniales, que no son democracias sino en el papel, están en franco desprestigio y ya no encuentran "clientes". No sólo han resultado en la realidad la negación de la filosofía liberal y del humanismo democrático surgido en el siglo XVIII, sino que han resultado inútiles y hasta opuestas al desarrollo económico y social de los pueblos. El liberalismo y la ideología democrática contribuyeron en Europa al desarrollo de la vida cívica, al desarrollo del capitalismo y al desarrollo económico de las naciones europeas. En los países subdesarrollados, coloniales y semicoloniales, el liberalismo y la democracia se convirtieron en el instrumento más útil para mantener y revivir el tribalismo, el esclavismo, el feudalismo y para ligarlos a la explotación colonialista; no contribuyeron al desarrollo del capitalismo sino del colonialismo, no contribuyeron al desarrollo económico nacional en naciones que no existían o que eran una pura ficción, y sólo sirvieron para sostener el crecimiento de las empresas metropolitanas y su expansión en las regiones marginales del mundo. Su fracaso en el mundo subdesarrollado fue total en cuanto se trató de aplicarlas mecánicamente, y con abstracción de las condiciones semicoloniales, heterogéneas, características de estas sociedades, que a la postre resultaron ser más influyentes en la configuración política y económica de ellas, que los mecanismos ideológicos y legales de tipo democrático y liberal.

Pero el fracaso no fue total, en la medida en que las ideas de libertad y de igualdad, de gobierno popular y desarrollo económico impulsaron a estos pueblos a buscar nuevas definiciones y nuevos instrumentos políticos para alcanzar estas metas. Muchos fueron los desilusionados de la democracia; muchos los que impulsados por una ideología de derecha quisieron eliminar la carcasa constitucional, y reconocer con un realismo brutal la realidad, preconizando como un deber el reconocimiento de la dictadura semicolonial y oligárquica; muchos otros los que confundieron este cruel funcionamiento de la democracia, abstracta y mecánica, y odiaron la idea de democracia. Pero hubo grandes conglomerados humanos que adquirieron y mantuvieron vivo el ideal humanista de la democracia, cuyos dirigentes intentaron buscar formas operantes en estos países, definiciones nuevas de democracia —de libertad, igualdad, fraternidad, gobierno del pueblo por el pueblo— vinculadas al desarrollo económico y al incremento del progreso y la civilización. De sus descubrimientos habrían de surgir las revoluciones nacionales y socialistas de los países pobres.



UN PLEBISCITO COLONIAL PARA PUERTO RICO



1. *Un plebiscito con alternativa colonial*

El gobierno de los Estados Unidos ha insistido en que se celebre un plebiscito en Puerto Rico con el presente "status" colonial como alternativa. A tal efecto, el gobierno local acaba de promulgar la ley que cumplirá la voluntad del poder soberano de Washington. Puerto Rico, cuya denominación oficial en español es la de "Estado Libre Asociado", ni es un estado, ni es libre ni está asociado. Su gobierno desempeña sólo aquellas funciones administrativas, locales y limitadas, que le delega el Congreso de los Estados Unidos. Pero el plebiscito, según aprobado, servirá al gobierno para solicitar el respaldo del cuerpo electoral puertorriqueño al presente "status" colonial.

2. *El Congreso de Estados Unidos rechazó una propuesta de plebiscito en que todas las alternativas se basaban en la soberanía.*

Seramente preocupada por el clamor, cada vez mayor, de muchos puertorriqueños por la verdadera solución del problema del "status", la Legislatura del gobierno local había solicitado anteriormente un plebiscito con la soberanía como base para las tres alternativas incluidas: la independencia, la libre asociación con los Estados Unidos, fundada en la igualdad, y la integración (la estadidad) con dicho país. Cuando esta demanda fue bruscamente rechazada por el Congreso, en 1963, el gobierno local cambió su posición y Puerto Rico sigue siendo un territorio dependiente de los Estados Unidos.

3. *El caso de Puerto Rico ante las Naciones Unidas*

El 10 de octubre de 1966, el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas acordó estudiar el asunto de la inclusión de Puerto Rico en lista de Territorios dependientes, pasando por alto la firme oposición de la delegación de los Estados Unidos. Una vez resuelto que Puerto Rico es un territorio que no se gobierna a sí mismo y por lo tanto, una colonia, las Naciones Unidas asumirán jurisdicción en el caso y urgirán que acabe el sistema colonial prevaeciente desde hace 68 años bajo la soberanía de los Estados Unidos.

4. *El Gobierno de los Estados Unidos se opone al estudio del caso de Puerto Rico*

Durante muchos años el Gobierno de los Estados Unidos se ha opuesto sistemáticamente —en todos los niveles de la organización internacional— a que se estudie la dependencia política de Puerto Rico. Por decisión reciente del Comité de Descolonización, tal estudio debía, sin embargo, iniciarse poco después del día 20 del pasado mes de febrero, cuando empezaba la siguiente sesión del Comité. Esa decisión se tomó a pesar de las



**SE TRATA DE APLAZAR,
INDEFINIDAMENTE,
LA SOLUCION
DEL CASO COLONIAL
DE PUERTO RICO**

objeciones formuladas por la señora Eugenie Anderson, de la delegación de los Estados Unidos, quien dijo, entre otras cosas, que "los Estados Unidos se oponen fuertemente a que se den pasos como ese" y que lo decidido por el Comité de Descolonización "podría tener repercusiones en extremo peligrosas". No obstante, la Asamblea General ratificó finalmente el acuerdo del Comité de Descolonización.

5. El Gobierno de los Estados Unidos ejerce presión sobre el gobierno local de Puerto Rico para que se celebre un plebiscito colonial

Cincuenta y cinco días después de la decisión del Comité de Descolonización, el Gobernador de Puerto Rico sometió a la Legislatura local el proyecto de ley de plebiscito. Actuó así cuando la Legislatura celebraba una sesión extraordinaria, convocada para discutir exclusivamente asuntos agrícolas. El Gobernador extendió la sesión para incluir el proyecto. Inmediatamente todos los miembros de la oposición se retiraron de la sesión en señal de protesta, por lo que el proyecto se convirtió en ley con la participación exclusiva de los miembros del partido político del Gobernador. En seguida, y actuando bajo fuerte presión de Washington, en sólo 19 días —del 5 al 23 de diciembre— se aprobó la ley que señala la fecha del próximo 23 de julio para celebrar el plebiscito. En este plebiscito se pedirá al electorado que escoja entre el presente "status" colonial de Estado Libre Asociado, la independencia y la integración a los Estados Unidos (estadidad).

El "Estado Libre Asociado", alternativa colonial carente de valor en un plebiscito que precisamente se propone resolver el problema colonial, fue incluida en la consulta por la ley de plebiscito. Esto se hizo en estricto cumplimiento con las "recomendaciones" de la Comisión del *Status*, organismo creado por la ley 88-271 del Congreso de los Estados Unidos del 20 de febrero de 1964 y dominado por los representantes de Estados Unidos. Esta Comisión, integrada con una mayoría seleccionada de entre los miembros del Congreso y de personas designadas por el Presidente de los Estados Unidos, tenía una minoría de puertorriqueños escogidos en la forma prevista por las autoridades coloniales. Como era de esperarse, la Comisión sostuvo en su "informe" que el presente "status" colonial es válido y confiere al pueblo de Puerto Rico "igual dignidad con igualdad de *status*, que la independencia o la integración a los Estados Unidos" (la estadidad). Sin embargo, el informe nada dice sobre la verdadera asociación con los Estados Unidos basada en el respeto mutuo y la igualdad. Así pues, la alternativa de "status" colonial que disponía el proyecto de plebiscito sometido al Gobernador, se mantuvo a través de todo el proceso legislativo y se convirtió finalmente en ley mientras la alternativa para una verdadera asociación fue expresamente excluida. Todo este proceso se llevó a cabo a pesar de la oposición de miem-



**LLAMAMOS LA ATENCION
DE LAS NACIONES UNIDAS, DEL
PUEBLO DE LOS ESTADOS UNIDOS
Y DE TODOS LOS PUEBLOS Y GOBIERNOS
DEL MUNDO, SOBRE LAS CONDICIONES
EN QUE SE PRETENDE AVERIGUAR
LA VOLUNTAD DE UNA
NACION SOMETIDA**

bros prominentes del partido de gobierno y de los partidos y grupos de oposición, haciendo caso omiso de la letra y el espíritu de los principios anticolonialistas contenidos en las Resoluciones 1514 (XV) y 1541 (XV) de las Naciones Unidas.

6. Los partidos de oposición en contra de tal plebiscito

Los Partidos Independentista y Estadista se oponen a tal plebiscito y han resuelto oficialmente no participar en él porque:

a] es impropio, antidemocrático y degradante ya que incluye una fórmula colonial y no se debe pedir a un pueblo que ratifique un régimen de inferioridad política; b] es inútil: la ratificación de un "status" colonial que no resuelve el problema de la colonia; c] el proceso será dominado por la maquinaria electoral del gobierno y un gran número de electores no podrá expresarse libremente por presiones políticas y económicas; d] el periodo que fija la ley es insuficiente para informar debidamente al elector promedio sobre las consecuencias reales de su elección; y e] el proceso no tendrá la supervisión de una organización neutral como las Naciones Unidas.

7. Oposición al plebiscito dentro del Partido de Gobierno

Un grupo considerable de líderes, profesionales e intelectuales del partido político del gobierno local se ha manifestado en contra de este plebiscito. El grupo incluye un sector organizado compuesto por miembros del mismo partido que han sostenido, tanto en audiencias públicas como en la prensa, que, al pretender legitimar una fórmula colonial, la ley de plebiscito despoja a gran parte del electorado puertorriqueño de su derecho a optar por un "status" de asociación verdadera —fundado en la soberanía del pueblo de Puerto Rico—, alternativa que reconocen las Naciones Unidas como legítima. Todos los esfuerzos de estos opositores internos para lograr que una fórmula de asociación legítima sea incluida en la papeleta electoral han fracasado.

8. El Colegio de Abogados de Puerto Rico en contra del plebiscito colonial

El Colegio de Abogados de Puerto Rico ha rechazado el plebiscito autorizado por la Legislatura local, entre otras razones, porque el "status" de Estado Libre Asociado, según se incluye en el plebiscito, "es la clase de régimen que colocaría a Puerto Rico en posición de inferioridad respecto de Estados Unidos"; porque "no se funda en el principio de la soberanía" y porque "en él no se cumplen" los requisitos mínimos que estipulan las Naciones Unidas para que exista una asociación legítima.



**PUERTO RICO
NI ES UN ESTADO, NI
ES LIBRE, NI ESTA
ASOCIADO A LOS ESTADOS
UNIDOS; ES UN
TERRITORIO COLONIAL**

9. Oposición del Ateneo Puertorriqueño

El Ateneo Puertorriqueño, organización no-partidista, la más antigua institución cultural de Puerto Rico y uno de nuestros principales centros de actividad cultural e intelectual, denunció públicamente la ley del plebiscito, tildándola de "degradante" porque "viola los más elementales principios de la democracia". El Ateneo afirma que el pueblo de Puerto Rico, bajo el presente "status" de Estado Libre Asociado, "no tiene poder, de hecho o en derecho, para tomar las decisiones fundamentales que afectan su vida, tanto en lo interno como en lo internacional", ya que "es el Congreso de los Estados Unidos quien ejerce la soberanía sobre Puerto Rico".

10. El Gobierno improvisa grupos de oposición para que colaboren en el plebiscito colonial

A fin de celebrar el plebiscito de cualquier manera, y puesto que los partidos de oposición están resueltos a no participar en él, la ley estimula la creación de grupos "sustitutos" de independentistas y de estadistas que, en lugar de los partidos tradicionales, "representarían" los fórmulas de "status" opositoras en las urnas. Y para promover la formación inmediata y artificial de tales grupos "representativos", el estatuto plebiscitario autoriza y ordena que, mediante la radicación ante la Junta Electoral de un minimum de peticiones de votantes con ese propósito, se reconocerá oficialmente al "Grupo" como "representativo" de la fórmula de oposición que sea, y se le suplirán \$385,000.00 con cargo al erario público, supuestamente para gastos electorales y de campaña. En el caso de la fórmula de Independencia, esto quiere decir que un "grupo" que radique ante la Junta tan solo 233 peticiones de votantes podrá obtener la "representación" y el dinero. En marcado contraste con lo que así dispone la ley plebiscitaria, la ley electoral vigente exige al Partido Independentista, o a cualquier nuevo partido, 41,983 peticiones de votantes para poder participar en elecciones ordinarias.

¡DICHOS EN OTRAS PALABRAS: EL GOBIERNO COLONIAL REQUIERE, PARA QUE SE REPRESENTE A LAS IDEOLOGIAS ENTRE LAS QUE SE VA A DECIDIR EL DESTINO POLITICO DE PUERTO RICO, 187 VECES MENOS PETICIONES DE VOTANTES QUE PARA SER MERO PORTAVOZ DE INTERESES PARTIDISTAS EN CUALQUIER ELECCION COLONIAL ORDINARIA!

11. Una decisión en cuanto al destino de Puerto Rico en la cual participarán e intervendrán electores no-puertorriqueños

La ley de plebiscito, según fue aprobada, concede a decenas de miles de norteamericanos y otros residentes no puertorriqueños el derecho de votar en lo que debe ser exclusiva decisión de los puertorriqueños.

El Gobierno de los Estados Unidos, por conducto de su Se-

cretaría de Estado, ha revelado oficialmente su intención de publicar un documento en apoyo del estatuto plebiscitario, que se enviaría a las naciones latinoamericanas (que ocupan 21 escaños en las Naciones Unidas). Como el propósito de tal publicación es hacer creer que el plebiscito aprobado resolverá el problema político de Puerto Rico mediante "la libre decisión de los puertorriqueños", tal plan servirá sólo para añadir confusión en cuanto a la naturaleza y consecuencias del plebiscito.

El Congreso Puertorriqueño Anticolonialista llama la atención de las Naciones Unidas, del pueblo de los Estados Unidos y de todos los pueblos y gobiernos del mundo al plan que se propone para aplazar indefinidamente la solución del caso colonial de Puerto Rico.

Si Puerto Rico no es una colonia, según alegan los Estados Unidos, nada tiene que temer de un estudio de las Naciones Unidas sobre la actual situación política de Puerto Rico. Pero, si conforme a lo que se ha demostrado, éste no es el caso, entonces al Gobierno de Estados Unidos sólo le queda un recurso honroso: transferir a Puerto Rico la soberanía de que ahora no goza nuestro país. Sólo así podrá celebrarse un plebiscito válido y verdadero, dirigido y supervisado por las Naciones Unidas en el que Puerto Rico podrá escoger libremente entre alternativas igualmente fundamentadas en la libertad.

CONGRESO PUERTORRIQUEÑO ANTICOLONIALISTA

[Una organización no partidista en detensa de la libre determinación para Puerto Rico]

El Directorio:

- Antonio J. González, Presidente
- Economista y Catedrático Universitario
- Francisco Colón Gordiany
- Líder Obrero y Abogado
- Yamil Galib
- Líder Cívico y Abogado
- Manuel Maldonado Denis
- Catedrático Universitario y Escritor
- Roberto Martínez Cuevas
- Agente de Publicidad
- Carlos Montes
- Sociólogo y Catedrático Universitario
- Gerardo Navas
- Ingeniero Civil
- Aída Negrón de Montilla
- Catedrática Universitaria
- Luis Nieves Falcón
- Catedrático Universitario
- Eladio Rodríguez Otero
- Abogado y Escritor
- Rafael Soltero Peralta
- Abogado y Catedrático Universitario
- Manuel E. Soto Viera
- Doctor en Medicina
- Nilita Vientós Gastón
- Abogada y Escritora
- Sylvia Viera
- Educadora y Catedrática Universitaria.

DAVID LEVINE

THE MAN FROM **M. A. L. I. C. E.**

INFORMACION DISPONIBLE: David Levine, pintor y caricaturista. Estudios en la Tyler School of Fine Art en Temple University y en la Hans Hoffman School of Art. En la actualidad es artista editorial en *Esquire*, *Atlas Magazine*, *The New York Review of Books* y *The Washington Post*. Como pintor exhibe en la Forum Gallery. En 1966 obtuvo una beca Guggenheim y el George Polk Memorial Award para caricaturistas. Ha publicado un libro *The Man from M.A.L.I.C.E.* [Movies Art, Literature and International Commen's Establishment] con prólogo de Malcolm Muggeridge (1966).

Si la caricatura es exageración, deformación, intento de esencializar, a través de las definiciones grotescas, el objeto descrito, la caricatura en Levine es también la ambición de un resumen vital, de una mínima, impiadosa crónica existencial. En Levine la caricatura es, a un tiempo, biografía y búsqueda de lo esencial, exploración del absurdo y avidez de fijar, en un solo trazo de la pluma, la síntesis cruel del caricaturizado. Así, la malevolencia de Dame Edith Sitwell se ve apresada en esa nariz prensil, de ave destructora, Scott Fitzgerald contempla el mundo desde la cárcel de un vaso de whiskey, Günter Grass escribe cabe las profundidades de una mesa, o, típicamente, Tennessee Williams surge, vestido de Rhett Butler, rodeado de banderas sureñas y botellas. La descripción puede ser obvia o evidente, pero el resultado es siempre sorprendente: a través del rasgo célebre, del signo notorio, Levine obtiene de una vez por todas, el emblema y la alegoría y la vida anecdótica y la ilustración perfecta y (¿por qué no?) la caricatura definitiva.

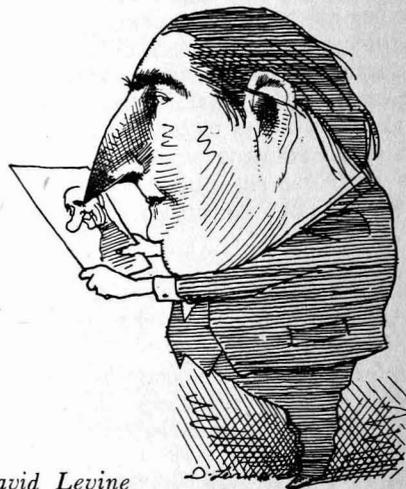
Los dominios de Levine son en principio los círculos del genio y la celebridad. De allí, a veces la necesidad de ser evidente, de divulgar las nociones comunes, ya que, por experiencia, se sabe que nadie reconocería a Churchill sin un puro o a Edgar Poe sin el cuervo o a Stalin sin

pipa. Pero esa primera concesión es rápidamente trascendida y transformada en arma contra el lugar común. La señal inequívoca (esa escoba que utiliza el cazabrujas para volar) a la vez que definición, se convierte en sátira de los clichés, en actitud autoconsciente —y por tanto básicamente contemporánea— hacia el género caricaturesco. Quizás eso, esa feroz autoconciencia, ese saberse caricaturista dentro de la caricatura, sea lo que le permita a Levine manejar de modo tan actual un estilo clásico. No es un caricaturista de vanguardia y sin embargo al utilizar tan renovadoramente procedimientos anacrónicos, resulta un dibujante moderno, en lo que de revisión crítica y sentido destructor de la realidad y visión drástica del mundo pueda contener ese término. ¿Quién no encuentra, por ejemplo, en ese espléndido dibujo donde el Presidente Johnson mana abundantemente cocodrilos, un examen tajante, lúcido, divertido e indignado a la vez de la situación en Vietnam? ¿O quién no ve en esa sucesión de dibujos de Johnson, Goldwater, Eisen-

hower, Sukarno, Adenauer, Willy Brandt, Humphrey, la ronda inexorable de fragilidades y debilidades, de ambiciones de grandeza y megalomanía delirante que siente no haber hallado aún el público y la devoción que se merece?

El desfile que Levine presenta es integral: allí están los Beatles y la Reina Victoria, Brezhnev y Harold Wilson, Arthur Miller y LeRoi Jones, Margaret Rutheford y Sofia Loren, Pushkin y Christopher Isherwood. Es la revelación de una forma válida del retrato contemporáneo ahora que se ha vuelto a creer en la caricatura, una vez establecido que la fotografía no sólo es capaz de mentir sino que de hecho se encuentra casi siempre al servicio de la mentira o el engaño piadoso. En la caricatura de Levine vuelve a presentarse, brillante, descarnada y gozosamente, la posibilidad de la biografía ceñida, exacta y demoledora. Y ante sus caricaturas uno evoca, sin poder evitarlo, el viejo slogan: un dibujo vale más que diez mil palabras, diez mil editoriales no pueden suplir jamás una buena caricatura.

—CARLOS MONSIVAIS



David Levine



MARK TWAIN:

Quien intentare hallarle un motivo en esta narración, será enjuiciado; quien intentare hallarle moraleja será desterrado; quien intentare hallarle trama será pasado por las armas [*Huck Finn*].



WILLIAM FAULKNER:

Los mojados vestidos de Dewey Dell forman para los ojos muertos de los tres hombres ciegos aquellos ridículos mamíferos que son los horizontes y los valles de la tierra [*As I lay dying*].



NORMAN MAILER:

¿Narcisismo?, sí, dije, el narcisismo es la causa del cáncer [*Dead Ends*].



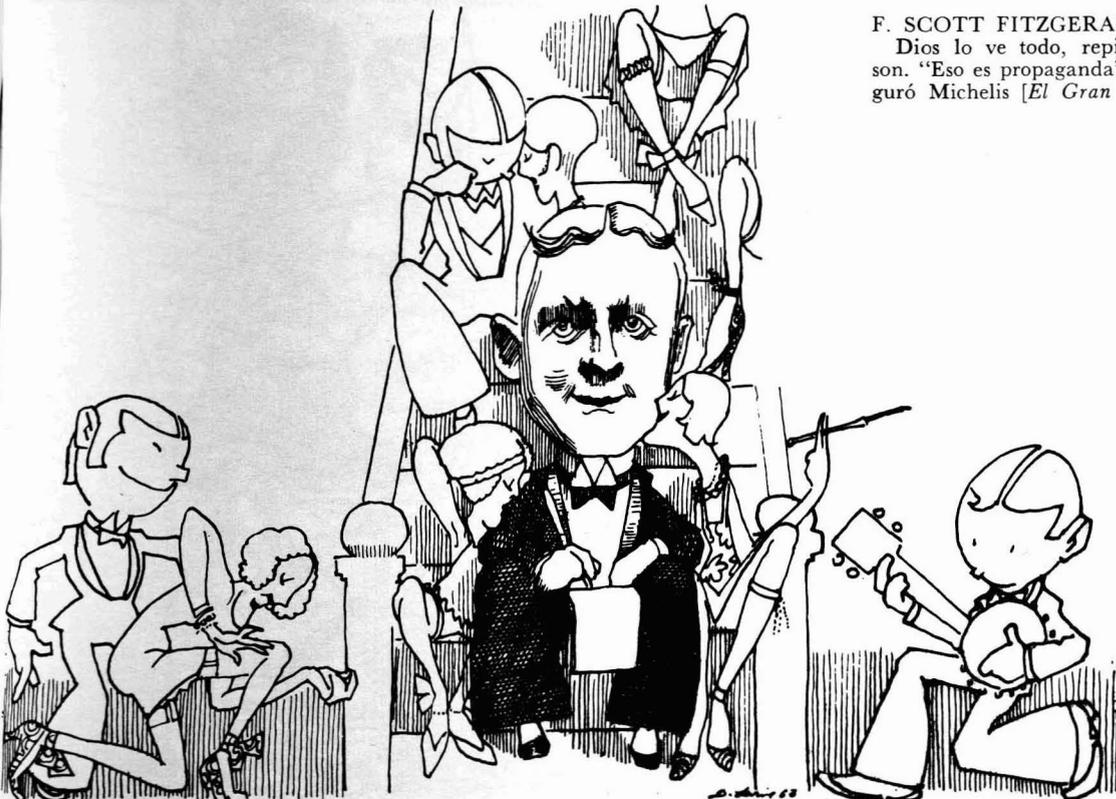
JAMES JOYCE:

Ya que no podemos cambiar de país, cambiemos de tema, dijo Stephen [*Ulyses*].



SAUL BELLOW:

No esa larga enfermedad, mi vida, sino esa larga convalecencia, mi vida. La revisión liberal-burguesa, la ilusión de mejoría, el veneno de la esperanza [*Herzog*].



F. SCOTT FITZGERALD:

Dios lo ve todo, repitió Wilson. "Eso es propaganda", le aseguró Michelis [*El Gran Gatsby*].



CHARLES DARWIN:

Pronto advertí que la selección representaba la clave del éxito logrado por el hombre para crear razas útiles de animales y plantas [*Autobiography*].



OSCAR WILDE:

And all men kill the thing they love/ By all let this be heard/... The coward does it with a kiss/ The brave men with a sword! [*Balada de la Cárcel de Reading*].



EDITH SITWELL:

Am like a brighth small star in a starry sky/ Bright to my self only [*Music and Ceremonies*].



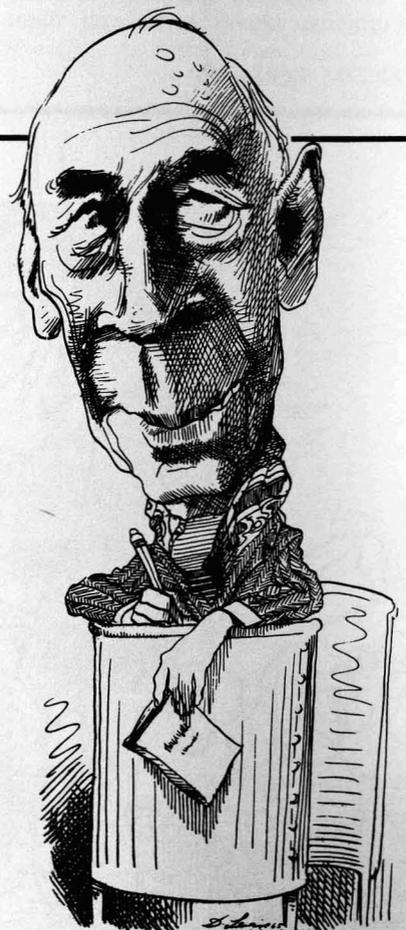
KARL MARX:

Ser radical es atacar el mal en la raíz. Pero la raíz para el hombre es el hombre mismo [*Introducción a la crítica de la filosofía hegeliana del derecho*].



HENRY MILLER:

Era yo una contradicción en esencia, como dicen [*Trópico de Capricornio*].



DYLAN THOMAS:

La mano que firmó el tratado alimentó una fiebre/ y el hombre creció v vinieron las langostas [*The Hand that signed the Paper*].

FRANZ KAFKA:

Gregorio Samsa al despertar se una mañana se vio convertido en un insecto [La metamorfosis].



BUSTER KEATON:

El rostro de Keaton casi se equipara al de Lincoln en el nivel de los arquetipos norteamericanos primitivos; era fascinante, atractivo, casi hermoso, y sin embargo irresistiblemente cómico [J. Agee en Agee on Film].



JEAN HARLOW:

Te lo juro, John, no es que yo sea mala. Soy simplemente indecisa [Dinner at Eight].

ERIC VON STROHEIM:

Madame está indispueta. Madame no podrá ir hoy a la filmación [Sunset Boulevard].



JOHN WAYNE:

Matar indios es hacer patria. Haga patria con rifles Winchester.



LON CHANEY:

El hombre de los mil rostros pero todos iguales [Carlos Fuentes].

ALLEN DULLES:

Leí —comentó el Presidente Kennedy— las novelas de James Bond por recomendación de Allen Dulles, es un gran fanático del 007.



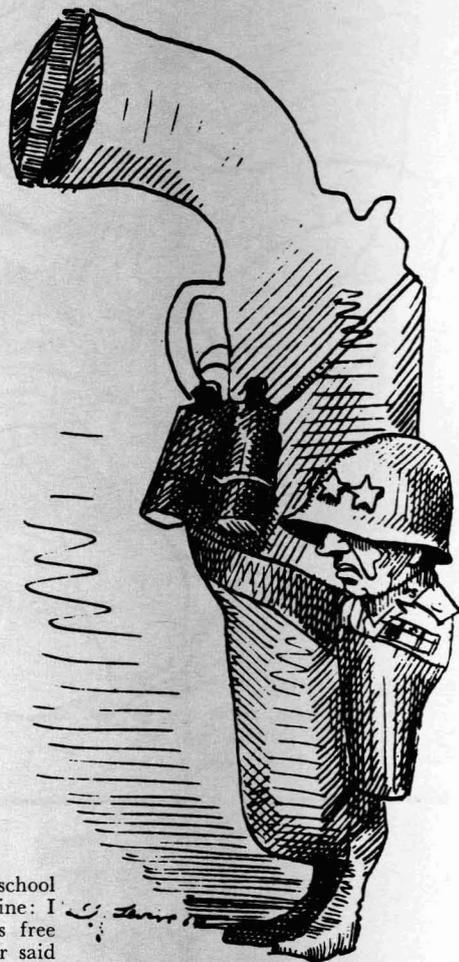
JOE MCCARTHY:

Me gustaría enfatizar que la libertad académica no tiene que ver con los comunistas. El comunista no es una persona libre. [Point of order].



QUEEN VICTORIA:

Where have all the flowers gone, long time passing? Where have all the flowers gone, long time ago.

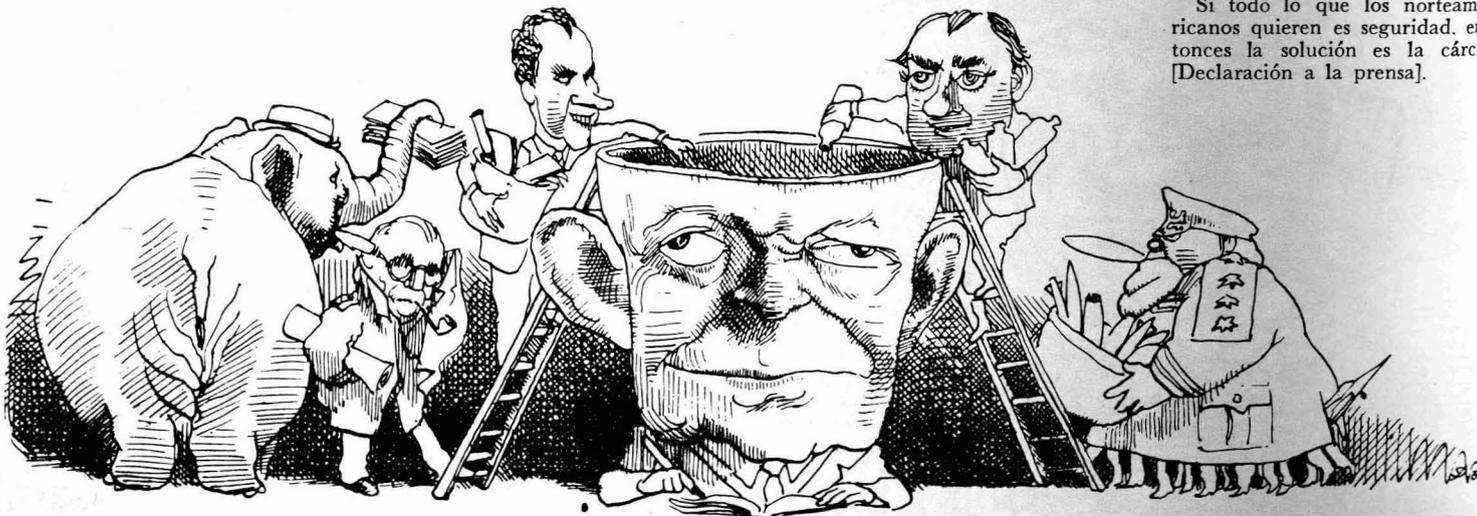


GENERAL GEORGE S. PATTON:

What did you learn in school today, dear little boy of mine: I learned that every body is free and that's what the teacher said to me [Tom Paxton].

DWIGHT EISENHOWER:

Si todo lo que los norteamericanos quieren es seguridad, entonces la solución es la cárcel [Declaración a la prensa].



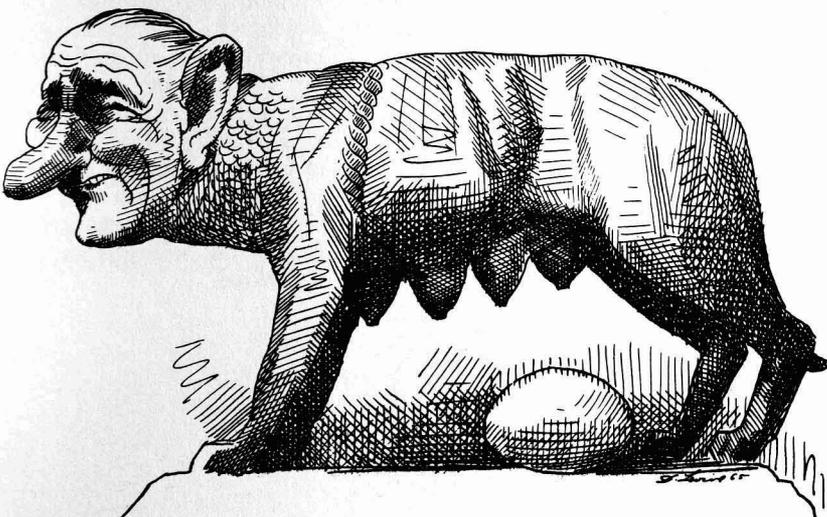
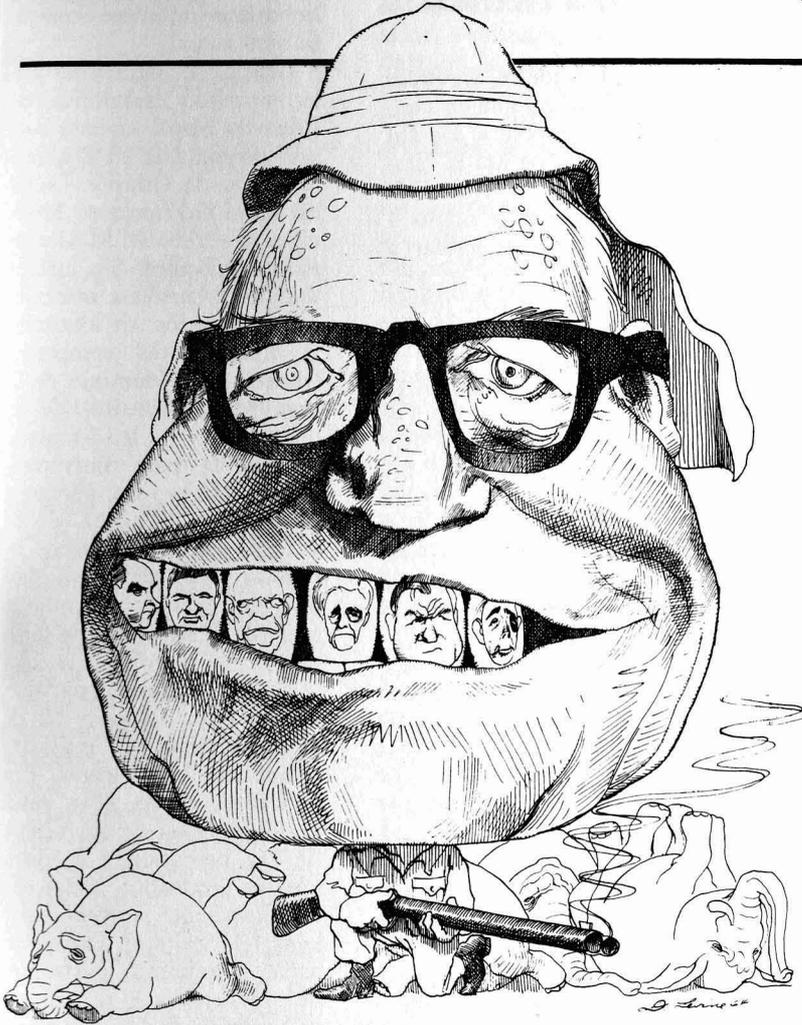
BARRY GOLDWATER:

Podemos volver a aquellos principios de honestidad, industria y caridad de persona-a-persona que conquistaron este continente y convirtieron a Norteamérica en la meta y la luz orientadora de todos los hombres, en todas partes [La conciencia de un conservador].



MAO-TSE TUNG:

Pero todas las formas de acción son maniqueas, porque la acción paga un tributo al diablo; ese elemento maniqueo es más intenso cuando tiene que ver con las masas. Todo verdadero revolucionario es un maniqueo nato. Lo mismo es cierto para la política, cualquier política [A. Malraux, *L'Espoir*].



LYNDON JOHNSON:

Now we got weapons/ of the chemical dust/ If fire them we're forced/ to them fire we must/ One push of the button/ and as hot the world wide/ and you never ask questions/ when God is on our side [Bob Dylan, *With God in our side*].

U

música

actividades de la música barroca

por
Gloria Carmona

Hemos visto, con gran beneplácito, el interés creciente del público, cada vez más numeroso, por la música barroca. Prueba de ello ha sido el éxito del Festival Bach, que la Orquesta Sinfónica de la UNAM ofreció en la Biblioteca Nacional, así como el de otros tantos festivales de este género, organizados en Tepozotlán. Tal parece que la distancia en Tepozotlán, la incomodidad, la mala acústica y la improvisación de estos lugares en salas de concierto, fueron obstáculos que, lejos de irritar al público, se convirtieron en un estímulo más a su entusiasmo por la música.

Es muy probable que el éxito de estos conciertos se deba a la conjunción arquitectura-música. El público, en busca de sensaciones nuevas, encuentra en esta asociación motivos —menos musicales que literarios, es cierto, en este afán de vivencia histórica— que convierten la música en un espectáculo. Pero es factible también que el estilo barroco sea una forma del arte que se antoje idónea pa-

ra expresar —si no al pie de la letra, sí por lo menos en algunas de sus características— algunos de los anhelos estéticos del hombre actual. En otras palabras, que entre la sensibilidad del hombre de hoy y el barroco, no exista discrepancia alguna, sino mutuo acuerdo, reflejo ideal. Así se explica la presencia de grabaciones tales como los arreglos de música barroca en ritmo de jazz, o viceversa, los Beatles sazonados a la Bach o a la Haendel.

Pero si bien tenemos una idea muy clara de lo que el barroco significa en la arquitectura y en las artes plásticas, muy poco se ha dicho sobre lo que específicamente constituye en la música.

Es evidente que, comparada con la música anterior, un nuevo espíritu anima la música de los siglos XVII y XVIII. Su lenguaje se singulariza por la ornamentación, a veces tan excesiva y voluptuosa que basta sólo pensar en el amaneramiento al que llegaron Couperin en Francia y Domenico Scarlatti, en España, en su escritura para clavecín. Es la época en que florecen los grandes aires c arias cantadas —origen de las operísticas— cuyo desarrollo sigue la libre fantasía del atavío ornamental: particularidad distintiva del barroco. El perfeccionamiento mecánico y técnico al que han llegado los instrumentos conduce necesariamente a la copiosa producción instrumental: conciertos grossi, suites, sinfonías, etc. Y así como el piano podría considerarse el instrumento romántico por excelencia, el órgano es, en estos siglos, el instrumento eminentemente barroco. En él se resumen algunas de las características más elocuentes: las posibilidades de contraste tímbrico, dinámico y de volumen, así como la expresión exuberante y febril. Pero tal vez la esencia de la música barroca reside en la máxima florecencia de la polifonía, de la que la fuga es el ejemplo más acabado y perfecto. Las voces que contrapuestas la integran, como los hilos entrelazados en el canavá que les da forma, cons-



tituyen los primeros, segundos y terceros planos que en conjunto dan la espesura. De ahí la perspectiva, de ahí la "ilusión auditiva". Una voz enuncia el tema o sujeto y se calla para dejar hablar a una segunda que, a su vez, vuelve a tomarlo más arriba o más abajo. Sucesivamente el tema se deja oír aquí y allá y se crea el sonido en el espacio, o estereofonía. De esa profusión ornamental, del entretrejerse continuo de las voces, del volumen y del contraste, de la perspectiva, surge el ideal estético del barroco: un movimiento infinito en el espacio.

Argüíamos acerca de una posible similitud entre la sensibilidad del hombre actual y la del hombre de los siglos XVII y XVIII. Es difícil, en esta breve nota, precisar con detalle en qué consiste. Sin embargo, después de más de un siglo de sopesar y llevar a cuestas la individualización en el arte, tal parece que una de las particularidades de la música contemporánea es justamente la de volver a establecer un lenguaje colectivo y por lo tanto universal. Y



así como sin indicación previa es fácil atribuir a Bach una partitura de Telemann, nos encontramos en el mismo caso al escuchar las obras de diferentes compositores contemporáneos. Pero sería una falacia juzgar la música de hoy carente de personalidad. Un poco más de atención nos conduce a establecer diferencias estilísticas notables. Que la música de Purcell o de Vivaldi pertenezcan a un estilo determinado, no dejan de marcar simultáneamente matices incluso geográficos. Y lo mismo acontece con la música actual.

Gracias al entusiasmo y a la versión magnífica de Eduardo Mata, tuvimos ocasión de escuchar en el último concierto de Difusión Cultural en el Auditorio de Medicina, el estreno en México de *Eclat* de Boulez. Sin lugar a dudas, la partitura nos coloca en posición de constatar la maestría del compositor francés en el dominio de la organización rítmica, de las duraciones y los timbres. Compuesta para instrumentos punteados, de aliento y percusiones, la obra divide y concierta estos cuerpos sonoros a través del piano como hilo conductor, de manera que sus intervenciones alternan a lo largo de la obra como en cualquier partitura clásica que, después del clímax, terminan por unificarse y finalizar en unísono. Pero la belleza de la obra reside en la selección de los timbres de las percusiones e instrumentos punteados, todos ellos de vibraciones dulces —glockenspiel, celesta, campanas, arpa, mandolina, guitarra—, que recuerdan el refinamiento tímbrico de las *Cinco piezas Op. 10* de Webern. En el juego de duraciones —sonido y silencio—, surgen como verdaderos resplandores sonoros que dan a la obra un movimiento continuo y caleidoscópico. Habiendo sobrepasado todo formalismo en las técnicas de composición actuales, y sin dejar de tener una significación colectiva, el lenguaje musical de Boulez proyecta al mismo tiempo todo lo que es innegablemente genial del compositor como individuo.

U

cine

Vagas estrellas de la Osa Mayor

por
Juan Guerrero

Siguiendo la suerte de *Rocco y sus hermanos*, es decir con retraso, se ha estado exhibiendo comercialmente en México la última obra de Luchino Visconti: *Vagas estrellas de la Osa Mayor*, película que ha sido bautizada caprichosamente por los distribuidores mexicanos como *Sandra*.

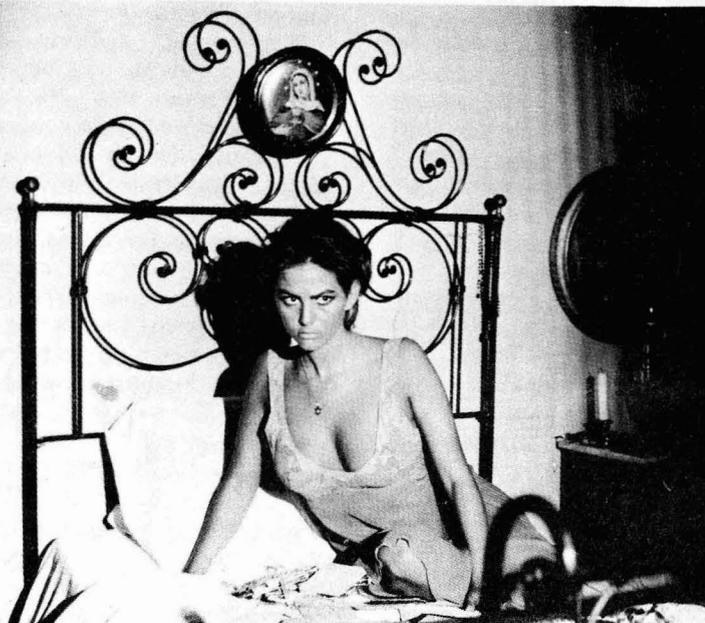
Vagas estrellas de la Osa Mayor fue exhibida por primera vez en nuestro país en la VIII Reseña Mundial de los Festivales Cinematográficos. El volver a ver una obra de Visconti a dos años de distancia, es toda una revelación: *Vagas estrellas...* ha adquirido una misteriosa pátina que la coloca dentro de las obras clásicas. El tiempo que transcurre sobre las buenas películas, lejos de perjudicarlas las beneficia. Algo semejante ocurrió con el estreno de *Rocco y sus hermanos*; la fecha de su realización no importaba ya, la película estaba absolutamente colocada dentro de la historia del cine.

La exhibición de *Vague stelle dell'orsa*, en 1967, no re-

presenta ninguna innovación formal: la película no contiene elementos estilísticos que la identifiquen como cine de última moda (v. gr. *Un hombre y una mujer*). Para Visconti las modas cuentan poco: sus metas son más altas y sus logros más trascendentes.

Vagas estrellas de la Osa Mayor es una película que sigue la línea recta que se trazara Visconti en 1942 con *Osessione*, película de la cual Salvador Elizondo, en su magnífico ensayo sobre Visconti, que publicó la Universidad, expresaba: "*Osessione* barruntaba las posibilidades de un paisaje inédito con la sabiduría plena de que esa atmósfera se convertiría a lo largo de los años en una de las constantes del cine italiano. Se afirmaba mediante este descubrimiento la inalienable sujeción de la personalidad humana al carácter del paisaje. Visconti, por su parte, no traicionaría jamás esta idea." Elizondo podría haber agregado que el drama de los personajes de *Vagas estrellas de la Osa Mayor*, es el de la ciudad en donde se desenvuelven. El director ha elegido una vez más, con acierto, el lugar en donde localiza su problemática. Si Visconti ha decidido que Volterra, el antiguo fuerte etrusco destinado a perecer, sea la patria de dos incestuosos, es porque una ciudad condenada a muerte es el ámbito ideal del mundo del reconocimiento. Así como Venecia, el lugar escenográfico por excelencia, es el ambiente perfecto para el gran fresco melodramático que es *Senso*, la ruda costa siciliana, de *La terra trema*, el país en donde radica la injusticia social y Lucania y Milán en *Rocco y sus hermanos*; de la zona agrícola a la ciudad industrial, en un fallido intento de progreso.

En Visconti, la forma se adecua de tal modo al contenido, que frecuentemente se confunde uno con otro: la forma se convierte en contenido y viceversa. El director calcula todo de tal manera, que ambiente, luz, miradas, sombras, música, rostros, co-



lor o claroscuro, corresponden a una intención definida. Si *Senso* y *El gatopardo*, son frescos coloridos sobre un pasado histórico, *Puente entre dos vidas* y *Vagas estrellas*... sin divagaciones poéticas sobre relaciones, dependencias y búsqueda amorosa.

De la misma manera que Visconti escoge ejemplarmente sus ambientes, decide la música de sus películas. Si el complemento ideal de *Senso*, (*Livia*), es la música de Verdi y Bruckner, el acompañamiento perfecto para *Vagas estrellas de la Osa Mayor*, es Cesar Frank. El espíritu melodramático de la ópera verdiana y el romanticismo alemán llevado a sus últimas consecuencias de las sinfonías de Bruckner, subrayan los amores clandestinos de la condesa Serpieri y el teniente austriaco Franz Mahler. De la misma manera, el espíritu sombrío, pesimista y angustioso del Preludio, Coral y Fuga de Frank, envuelve el maravilloso ambiente agónico de los amores de Sandra y Gianni en *Vague stelle*...

Es por eso que a Visconti se le compara con escritores y con músicos, porque sus obras resisten el más riguroso análisis estético. Porque si *Senso*, *El gatopardo* y *Rocco y sus hermanos* son sinfonías corales, *Puente entre dos vidas* y *Vagas estrellas de la Osa Mayor*, son espléndidos cuartetos, sutil música de cámara, en donde el mismo tema de las sinfonías se plan-

tea en diferente *tempo*.

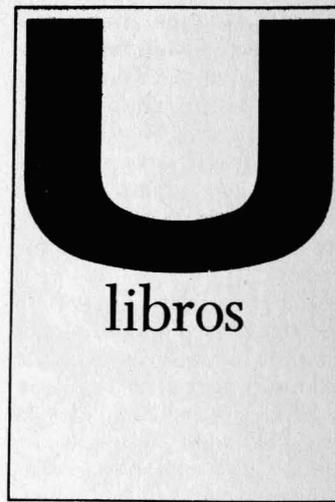
Vague stelle dell'orsa es una de las obras más logradas de Visconti, una película en la que el realizador confirma su posición: la del aristócrata comprometido con las transformaciones sociales. Los personajes fundamentales de *Vagas estrellas*..., Sandra y Gianni, habían establecido un pacto secreto que los condenaría. A pesar de todo, los hermanos logran salvar la memoria de su padre, por medio de una justa complacencia con los intereses de la colectividad.

Formalmente, *Vagas estrellas de la Osa Mayor*, es perfecta. Hay que ver cómo están manejados los ambientes, el maquillaje, las luces y el paisaje. Hay que observar cómo Visconti ha dirigido a sus actores (Claudia Cardinale se revela magnífica como Sandra). El mundo del incesto está expresado por medio de tonos sombríos y oscuros, a través de reflejos de agua, espejos y figuras de mármol.

Mucho se ha discutido si Visconti es un artista comprometido. Quizá uno de sus personajes podría responder: el Príncipe de Salina, en *El gatopardo*, cuando exclama: "Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie." Visconti se expresa por medio de ese personaje, acepta la necesidad del cambio, la alienta, está con ella. Su compromiso es de conciencia y, por tanto, doloroso. Su actitud es casi un castigo: la pena por ser artista y aristócrata.

El apellido Visconti es uno de los más nobles de Europa. Luchino Visconti mantiene, por medio de los personajes de sus obras, una dolorosa complicidad con ese mundo de anacrónica elegancia que desaparece. El realizador observa, no sin cierta tristeza, cómo la condesa Livia Serpieri, el príncipe Fabrizio de Salina y el joven Gianni, se derrumban: es una complicidad secreta. Los personajes, seres condenados a morir históricamente, son todavía capaces del gesto altivo.

La verdad del artista va más allá de las transformaciones.



Jules Henry: *La cultura contra el hombre*, Siglo XXI Editores, S. A. México, 1967.

La obra de Jules Henry muestra, específicamente, la síntesis particular de los antagonismos que se plantean entre el individuo y la cultura norteamericana actual, que, en cierta forma, pueden considerarse un resultado inevitable y creciente de la paradójica estructura en vigor. Todo lo cual determina un esquema definido de la vida humana, en función de los imperativos económicos que rigen y uniforman las tendencias personales, hasta un grado tal que el sistema persiste merced al desequilibrio entre el consumo y la producción, pendiente de las necesidades incrementadas artificialmente que, en realidad, constituyen el motor de una industria en conflicto. La situación trasciende y se manifiesta en las relaciones interpersonales, cuyos matices y valores se reducen hasta un punto donde el individuo en sí pierde sentido y se genera la insatisfacción perenne, el desinterés y la incomunicación.

El autor señala que la cultura norteamericana "obra por impulsión". En realidad, actualmente, los impulsos son el recurso fundamental para sobrevivir en un medio donde la competencia se observa en todos los órdenes. La iniciativa, el vigor y la acción, son cualidades valiosas (productivas) del individuo, y

éstas son un requisito necesario para situarse en la esfera social. Los valores tradicionales han sido desplazados, y "son meramente ideas acerca de las buenas relaciones humanas, y aunque dan orientación a la gente, carecen del poder coercitivo de los impulsos porque no tienen apoyo institucional". Por otra parte actúa la "impulsión tecnológica", representada por la pugna industrial que lleva a producir satisfactores en gran medida inútiles ya que rebasan el límite de la necesidad. La supervivencia del sistema se basa entonces en la demanda que debe ser estimulada en forma constante a fin de evitar que se reduzca la producción lo cual originaría un colapso económico. Empero, esto requiere que sean trastornadas las nociones del individuo con respecto al control de sus impulsos. Así interviene la maquinaria de la propaganda que disminuye "las defensas contra las compulsiones internas a expresar necesidades insaciables, a la vez que unce el esfuerzo humano a las mismas máquinas que nutren los apetitos consumidores". En esta forma, la impulsión tecnológica modela las actitudes para lograr el acoplamiento preciso entre la sociedad y el desarrollo industrial. Esto implica fatalmente una transformación general que Jules Henry describe en detalle. Los cambios incesantes del contexto, la tendencia irrefrenable de la industria, que depende del consumo ilimitado y requiere nuevos medios de producción, obligan al individuo a adaptarse a las condiciones variables; lo contrario significa el estancamiento, el ser desplazado en la misma forma que el objeto que pasa de moda. "El temor a volverse obsoleto es tan poderoso que el sentimiento de ser inútil es un elemento común de la crisis emocional en los Estados Unidos." En estas condiciones es palpable que la inseguridad viene a ser parte del carácter, y el miedo indiscriminado lo limita. Asimismo, dadas las condiciones del trabajo, que lo aparta de sus intereses más



elementales, el individuo reduce su universo a la familia y los bienes. La mayoría de los trabajadores norteamericanos tienen como finalidad única, y acaso como posibilidad exclusiva, el aumentar su nivel de vida. Sólo los profesionistas y ejecutivos "... tienen oportunidad real de expresar los impulsos culturales más altamente recompensados, o de tratar de alcanzar en sus vidas de trabajo, alguna clase de auto-realización..." Es factible que la calidad y cantidad de la publicidad sea necesaria para romper la indiferencia creada en el individuo por la abundancia de lo superfluo, aparte de señalar la esencia de una "economía irracional que, para sobrevivir, ha dependido de la incorporación en la mente del norteamericano, como imperativo moral, de un nivel de vida fantásticamente elevado".

El antecedente sobre la estructura institucional respalda la descripción de aspectos más íntimos de la vida social norteamericana. El autor separa los términos a fin de explicar, minuciosamente, las relaciones entre padres e hijos, entre adolescentes y entre niños. En este aspecto, la problemática parece ilimitada y se observa que la influencia de la estructura en las relaciones plantea situaciones aparentemente insalvables. "Puesto que las satisfacciones emocionales que nuestra cultura ocupacional niega se buscan afanosamente en la familia, ésta debe satisfacer necesidades terapéuticas y estabilizadoras de la personalidad que, en muchos casos, son aplastantes." En general, el contexto ha originado una transformación profunda en las relaciones, que dependen de innumerables factores que reflejan, explícitamente, las cualidades de aquél. La educación se transforma y adquiere un carácter que responde al medio y prepara la liberación de impulsos. Desaparecen los aspectos fundamentales de la educación —la relación definida entre maestro y alumno— en favor de una supuesta libertad escolar que

finalmente desorienta. "Los salones de clase norteamericanos, como las instituciones educativas de cualquiera otra parte del mundo, expresan los valores, las preocupaciones y los miedos que se encuentran en el conjunto de la cultura. A la escuela no le queda más remedio que tratar de entrenar a los niños para que encajen en la cultura tal cual es."

Por último, el autor examina los problemas de la ancianidad, y describe la *obsolescencia humana* mediante el análisis de tres instituciones que, a pesar de su diferente categoría, muestran las mismas características. En la soledad y la indiferencia persiste la configuración cultural de los ancianos, y el abismo entre éstos y los jóvenes parece aumentar. El autor no observa ninguna posibilidad inmediata de integración racional, aunque no excluye, en ningún momento, esta perspectiva.

—Arturo Schoening

Jorge Gurría Lacroix: *Códice entrada de los españoles en Tlaxcala*. Universidad Nacional Autónoma de México, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Histórica, núm. 14. México, 1966.

Este nuevo cuaderno del Instituto de Historia se debe a Jorge Gurría Lacroix, catedrático de historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, y consiste en una breve historia y descripción detallada de un códice poco divulgado: *Entrada de los españoles en Tlaxcala*.

Fue conocido por Lorenzo Boturini. A mediados del siglo xviii, debió pasar, con las otras obras en la colección del polígrafo, a la secretaría del Virreinato; más tarde a la biblioteca de la Universidad, después al Museo Nacional y por último a la Biblioteca del Instituto de Antropología e Historia. Allí fue fichado por Luis Castillo Ledón en 1939. Estudiado por Alfonso Caso y otros investigadores del pasado de

México, este códice se edita ahora por vez primera.

Gurría Lacroix ofrece una historia del códice, al que antes se llamó *Códice de la conquista*, en la que se relatan concisamente las peripecias que experimentó en diversas colecciones. Se pasa después a la descripción física, en la que se subraya el tipo de papel empleado y el estilo de escritura, datos importantes para fechar la pieza. El papel ha podido ser identificado por sus marcas de agua. Es italiano, de fines del siglo xvii o comienzos del xviii. La época puede comprobarse por la escritura. Luego se dan noticias acerca de los antecedentes históricos del contenido. El códice se refiere a la entrada de Cortés y su ejército en Tlaxcala. La importancia del códice, como indica Gurría, radica en el hecho de que presenta la versión tlaxcalteca de los hechos. El editor pasa en seguida al estudio histórico-descriptivo de la obra, sus relaciones con las fuentes y otros documentos. El códice que nos ocupa está relacionado con el *Lienzo de Tlaxcala* y las copias de Illaños, así como con Chavero y el *Manuscrito de Panes*. Habiendo realizado este estudio de confrontación, muy detallado, Gurría Lacroix completa su texto con una bibliografía referente al tema.

La edición presenta el fac-

símil de la obra, primero en conjunto, después en detalle. Las ilustraciones nos ofrecen el anverso y el reverso, las filigranas o marcas de agua en el papel, la leyenda de la escena I, los calcos de Zita Canessi, las copias de Illaños y otros detalles.

—Arturo Souto

Charles E. Silberman: *El problema racial en Norteamérica*, Ediciones ERA, S. A., México, 1967.

De entre la abundante literatura escrita acerca de los problemas raciales, destaca por varios motivos la obra de Charles E. Silberman y, en particular, porque es un libro que reúne el análisis documental y el testimonio vivo logrado merced a los continuos viajes del autor por el territorio norteamericano y a las numerosas conversaciones y entrevistas que realizó. Además, la obra proporciona un adecuado y riguroso resumen analítico de situaciones y hechos referentes a la población negra de los Estados Unidos, que si bien son conocidos en mayor o menor grado, nunca hasta ahora habían sido sistematizados para formar el todo coherente de una teoría que plantea varios supuestos, que el autor desarrolla y fundamenta con abundante material que comprende encuestas de opinión pública, informes gubernamentales



mentales, y estudios socioeconómicos, así como referencias frecuentes a la obra de escritores y ensayistas negros.

El fenómeno de la discriminación no incumbe exclusivamente a las poblaciones del sur, "porque no existe en los Estados Unidos una ciudad de cierta importancia que no se enfrente a un gran 'problema negro' que, además, crece con rapidez", afirma Silberman. Y a continuación describe las innumerables formas de discriminación que padecen los negros en todo el país, y la actitud a menudo vergonzosa e indiferente de los liberales del Norte, que tan orgullosos se han sentido de su carencia de prejuicios.

El autor combate la hipótesis de que el recurso para que el negro obtenga bienestar e igualdad es la aculturación; y no cree que los esfuerzos realizados por el gobierno y las instituciones privadas, cuya finalidad es conseguir en sólo una de lo que por lo general "tarda tres generaciones" en materia de aculturación, borren tres siglos de esclavitud.

El hombre negro —dice Silberman— no ha aprendido a salvarse a sí mismo y condiciona su personalidad y sus deseos a la imagen que el hombre blanco le obliga a seguir. Esto produce un gran círculo vicioso, ya que los blancos racionalizan sus prejuicios mediante las innumerables faltas y desórdenes de los negros. La obra no omite las consideraciones históricas que se remontan hasta la descripción de la vida y actitu-

des de los negros en África, nociones en las que se apoya Silberman para subrayar su tesis sobre la capacidad del blanco norteamericano para minar y destruir el espíritu de un grupo humano, al grado de obligarlo a perder el dominio de la autoidentificación. Al respecto, dice el autor: "El hecho central de la historia negra es la esclavitud y los negros tienen que llegar a aceptarlo, tienen que aprender a aceptarlo no como una fuente de vergüenza (la vergüenza en todo caso debe ser para los hombres blancos), sino como una experiencia que explique en gran parte su predicamento actual. Sólo cuando entiendan por qué son lo que son, podrán cambiar lo que son. La identidad no es algo que se pueda encontrar, tiene que ser creada."

El autor analiza con rigor el movimiento de los musulmanes negros, a quienes explica en función del odio, o sea la forma más violenta de la desesperación pasiva que hasta hace algunos años dominaba aún a los negros. Sin embargo, acaso la parte más vehemente del libro es la que argumenta en contra de la destrucción de la dignidad humana del negro, que se lleva a cabo por todos los medios y con métodos que van de lo sangriento a lo sutil. Finalmente, Silberman plantea diversas consideraciones con respecto a las posibles soluciones del problema negro, y apunta inicialmente que éste, es el más importante de todos los problemas internos de Norteamérica. Además, seña-

la la labor realizada por la Organización Woodlawn, de Chicago, que es una especie de federación que agrupa a treinta mil personas cuya filosofía radica en la idea de que el individuo sólo puede influir en las estructuras si tiene poder; y este poder sólo se logra mediante la organización que se da en el momento en que los individuos se reúnen para conseguir un fin común, ya sea éste tan complicado como un cambio de gobierno o el mejoramiento de la comunidad. "En último análisis —dice Silberman— lo que los negros necesitan más que cualquiera otra cosa, es ser tratados como hombres; creer, desde lo más hondo de sus corazones mismos, que son hombres, que pueden asentarse sobre sus propios pies y controlar sus propios destinos."

—Margarita Suzán

Francisco Ignacio Taibo: *Harry Langdon, el mejor de todos*, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Difusión Cultural. Cuadernos de Cine, núm. 16, México 1966.

Una breve revisión a la historia del séptimo arte, partiendo de la figura cómica de Harry Langdon, uno de los pocos afortunados personajes de la galería cinematográfica.

Harry Langdon es el pretexto que tenemos para conocer la filmografía humorística de los años veintes. Para ubicarlo, Taibo recrea el ambiente del *roaring Hollywood*, lleno de escándalos y de tragedias ocultas detrás de las suntuosas residencias y de las albercas llenadas con champaña. En medio de este ambiente de zarzuela, muy propio de la bohemia heredada del siglo XIX, la científica historia del *show business* se va delineando en forma de boceto, plena de interés y de datos estadísticos.

No puede ponerse en duda el conocimiento que Taibo tiene del tema, y prácticamente es el único autor que, en México, ha tomado la firme resolución de desarrollar-



lo en todos sus aspectos. Los estudios de Manuel Michel y de Emilio García Riera son otros valiosos documentos para desentrañar la trayectoria del celuloide; pero ha sido Taibo quien ha utilizado las formas más simples para acercarse al público, siempre con un tono de sencillez, casi de improvisación, que lo hace fácilmente comprensible para toda clase de observadores, incluso para los más desinteresados en el análisis científico de las películas. Tal vez, en este libro, esa sencillez e improvisación de Taibo resaltan con demasiada evidencia, ya que el texto parece pergeñado con apresuramiento, como corresponde a la adaptación de unos *scripts* hechos para la televisión, con toda la premura que caracteriza a dicho espectáculo.

La historia del cine es uno de los temas mejor tratados en Europa y Estados Unidos, en donde existe una abundante producción de libros, estudios y revistas especializadas. En español, la documentación es reducida, y por eso *Harry Langdon* tiene el mérito de recrear con bastante fidelidad los primeros tiempos del cine sonoro. Tal vez la vida del personaje no se encuentra esclarecida lo suficiente, pero es indiscutible que los datos sobre la filmografía de los años veintes, sí ayudan a formarse una idea clara de los gustos y las corrientes estéticas del momento.

El libro analiza con bastante cuidado y objetividad el tipo de cómicos que, a partir de Chaplin, poblaron los estudios cinematográficos; además, define muy claramente la comicidad mecánica que aportó Mack Sennett, haciendo notar las bases que, en lo absurdo, trataban de provocar la risa del público.

La colección "Cuadernos de Cine" ha venido a llenar una verdadera necesidad cultural que se dejaba sentir desde hacía mucho tiempo; la serie se ha enriquecido con este volumen sobre Harry Langdon, que por el tema y la categoría del personaje merecía una investigación.

—Luis Adolfo Domínguez

revistas

Crítica, revista hispanoamericana de filosofía, vol. I, núm. 1, México, enero 1967.

En nuestro siglo buena parte de los mayores trabajos filosóficos han aparecido o se han fraguado en revistas. El artículo serio, minucioso, bien trabajado, ha sido la forma natural de expresión de muchos de los más relevantes pensadores contemporáneos. En estos tiempos las revistas de filosofía se multiplicaron y cobraron inmenso valor; así una buena biblioteca podría hacerse casi exclusivamente con revistas. El hecho tiene su explicación en la índole del trabajo filosófico de hoy en día: la filosofía de los grandes sistemas omnicomprendivos, la filosofía doctrinaria, interesa hoy poco; se la tiene por tosca, por autoritaria, por ineficaz. Se prefiere, en cambio, trabajar líneas de temas o problemas relativamente aislados. Se estima que la filosofía es una actividad, no un cuerpo de doctrinas; el estudiante aprende hoy más que tesis o posiciones filosóficas, métodos o maneras de tratar problemas. La forma literaria más eficaz para practicar la actividad filosófica es el artículo breve, técnico, claro, bien delimitado; y la revista

filosófica su lugar natural de difusión.

Consecuencia de estos hechos es la democratización de la filosofía. En la filosofía contemporánea no hay dioses que saquen mundos ordenados de sus cabezas; actualmente todos discuten con todos; los pensadores, pequeños o eminentes, jóvenes o ancianos, discuten los mismos problemas, con mayor o menor fortuna. La filosofía es una actividad comunitaria.

Ahora bien, Hispanoamérica adolecía de la falta de una publicación que recogiera esta situación de la filosofía contemporánea. Esta necesidad ha sido ya satisfecha con la publicación del primer número de *Crítica, Revista hispanoamericana de filosofía*. La *Revista Crítica* es editada en México por Luis Villoro, Fernando Salmerón y Alejandro Rossi, profesores de la Facultad de Filosofía y Letras e Investigaciones del Centro de Estudios Filosóficos de la UNAM. El consejo editorial de la revista está integrado por personalidades filosóficas hispanoamericanas; gente activa, entusiasta, joven, todos ellos: Héctor-Neri Castañeda, Francisco Miró Quezada, Juan A. Nuño, Augusto Salazar Bondy y Thomas Moro Simpson. La revista está, pues, hecha en conjunto por los profesionales de la Filosofía más destacados de Hispanoamérica. En *Crítica* figuran artículos de eminentes filósofos de otras latitudes, como P. F. Strawson y Alice Ambrose. La revista publica los artículos en el idioma en que fueron escritos, pero, a los artículos no escritos en castellano sigue un resumen, que viene a ser casi una traducción al castellano. Inversamente los artículos en español llevan un resumen en inglés, lenguaje este que ha venido a ser la lengua franca de la Filosofía. El esfuerzo de los editores por traducir es importante y significativo. Es importante porque constituye un intento de crear una lengua filosófica castellana que contenga la abundante terminología de la filosofía actual; en su tiempo, la *Revista de Occidente* que

publicó Ortega y Gasset logró esta castellanización de la terminología filosófica alemana. El esfuerzo es además significativo porque alude a la repulsa de las filosofías de campanario y a la busca de más logradas resonancias y más comunicativos diálogos. Así pues, la revista servirá no sólo para relacionar a los filósofos hispanoamericanos entre sí, sino también para comunicar a hispanoamérica con el mundo filosófico exterior.

En el primer número de *Crítica* figuran artículos de Augusto Salazar Bondy del Perú, Thomas M. Simpson de la Argentina, Héctor-Neri Castañeda de Guatemala; junto con trabajos de P. F. Strawson de Oxford y Alice Ambrose del Smith College. No debe maravillar que la revista contenga un artículo de P. F. Strawson, que es considerado por muchos el filósofo activo más notable del presente, o un artículo de Alice Ambrose, discípula directa del grande Ludwig Wittgenstein y una de las dos personas a quienes éste dictó su famoso *Libro azul*. Menos debe extrañar que los trabajos de los hispanoamericanos no desmerezcan en la comparación con aquéllos. Thomas Moro Simpson es ya conocido en México por su irreprochable libro *Formas lógicas, realidad y significado*, muy leído en algunos círculos académicos mexicanos; Héctor-Neri Castañeda, profesora en la Wayne State University de los EE.UU. y es un lógico muy ameritado; recientemente dio en la Argentina exitosas conferencias sobre Lógica de las Obligaciones; Augusto Salazar Bondy de la Universidad de San Marcos de Lima, publica en el primer número de *Crítica*, un pulcro trabajo de Ética: "La plurivocidad de 'bueno'."

Con la revista *Crítica*, los filósofos hispanoamericanos de hoy ingresan a la República de las Letras. La confrontación, la divulgación de sus trabajos tendrá, sin duda, las más provechosas consecuencias.

—Hugo Hiriart



P. F. STRAWSON
Is Existence Never a Predicate?

AUGUSTO SALAZAR BONDY
La plurivocidad de 'bueno'

ALICE AMBROSE
On Criteria of Literal Significance

HECTOR-NERI CASTAÑEDA
Acta, the Logic of Obligation, and Deontic Calculi

THOMAS M. SIMPSON
Dos problemas en la doctrina de Frege

Notas bibliográficas

Vol. I / Nº 1 / México, Enero 1967

Dirección General de Difusión Cultural / UNAM Actividades en junio

ARTES PLASTICAS

MUSEO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS Y ARTE

ACADEMIAS DE ARTE DE
CHECOSLOVAQUIA

GALERIA UNIVERSITARIA ARISTOS
Insurgentes Sur 421

EL SURREALISMO

CINE

CINE CLUB INFANTIL
DE LA UNIVERSIDAD

5o. ciclo/séptima temporada, 1967
sábados a las 16.30 horas.

Día 10: *La parada de la risa*
(Grandes films)

Día 17: *Ondina* (Embajada de
Checoslovaquia)

Día 24: *Una leona de dos mundos*

CASA DEL LAGO

[Bosque de Chapultepec]

Inauguración del
CENTRO DE TEATRO CLASICO EN
LA CASA DEL LAGO

Ciclo número 1

Los personajes de la comedia
del 19 de junio al 25 de agosto

Inscripciones del 8 de mayo al 10 de
junio

Curso completo \$ 200.00

Profesores:

Sergio Fernández, Dra. Margo Glantz,
José Luis Ibáñez, Margarita Peña.

Director: José Luis Ibáñez

SEMINARIO UNIVERSITARIO
DE LA DANZA

Ciclo número 1

Del 19 de junio al 25 de agosto de 1967

Materias

Infantil:

Danza clásica para niños / Profa.

Cora Flores

Danza moderna para niños / Profa.

Gladiola Orozco

Adultos:

Introducción a la danza / Profa. Gladiola
Orozco

Forma de danza / Prof. Raúl Flores

Técnica de la danza clásica / Graciela
Enríquez

Inscripciones abiertas: de lunes a sába-
do (tardes), domingo (mañana y tar-
de), del 8 de mayo al 10 de junio.

CURSO COMPLETO: Infantil \$ 50.00 /

Adultos \$ 100.00

CINE CLUB INFANTIL DE LA CASA
DEL LAGO

Domingos a las 11.15 horas.

Abono infantil a cinco funciones:
\$ 5.00

Boleto adulto: \$ 3.00

Día 4: *La creación del mundo*
(caricaturas checoslovacas)

Día 11: *La parada de la risa*

Día 18: *Ondina*

Día 25: *Una leona de dos mundos*

CINE CLUB DE LA CASA DEL LAGO

Sábados a las 17 horas

Domingos a las 13 horas

Ciclo: ORSON WELLES

Días 3 y 4: *Citizen Kane* (Ciudadano
Kane) 1940-1941.

Con Joseph Cotten (Jedediah Le-
land), Dorothy Comingore (Su-
san Alexander), Agnes Moore-
head (La madre de Kane) y Or-
son Welles (Charles Foster Kane).

Días 10 y 11: *The Magnificent Amber-
sons* (Soberbia) 1941-1942.

Con Tim Holt (George Minafer
Amberson), Joseph Cotten (Eu-
gene Morgan), Dolores Costello
(Isabel Amberson), Anne Baxter
(Lucy Morgan) y Agnes Moore-
head (Fanny Minafer).

Días 17 y 18: *Macbeth* 1948.

Con Orson Welles (Macbeth),
Jeanette Nolan (Lady Macbeth),
Dan O'Herlihy (Macduff), y
Doddy Mc Dowall (Malcom).

Días 24 y 25: *Touch of Evil* (Sombras
del mal). 1957-1958.

Con Orson Welles (Hank Quin-
lan), Charlton Heston (Ramón
Miguel "Mike" Vargas), Janet

Leigh (Susan Vargas), Joseph
Calleia (Pete Menzies) y Akim
Tamiroff ("Uncle" Joe Grandi).

Presentación de Juan Guerrero.

Ciclo III: CIENCIA-FICCION

Domingos a las 16.00 horas.

Día 4: *El mundo sin sol*, de Jacques
Ives Cousteau

Día 11: *Los primeros en la luna*

Día 18: *Viaje al fondo del mar*

Día 25: *El día que paralizaron la tierra*

MUSICA

CONCIERTOS UNIVERSITARIOS
DE LA ORQUESTA DE LA UNAM

Día 1: a las 21.00 horas.

Concierto conmemorativo del triunfo
de la República en 1867, en el Palacio
de Bellas Artes.

Día 3: a las 12.30 horas.

Concierto conmemorativo del triunfo de
la República, en 1867, en el Auditorio
"Justo Sierra" de Humanidades
Director: Eduardo Mata

Día 9: a las 19:00 horas

Concierto en el Teatro de Arquitectura
Solista: María Teresa Rodríguez
Director: Eduardo Mata

Día 10: a las 12:30 horas

Concierto en el Auditorio
"Justo Sierra" de Humanidades
Solista: María Teresa Rodríguez
Director: Eduardo Mata

CONCIERTOS EN LA BIBLIOTECA
NACIONAL

Sábados a las 20:30 horas

Días 17 y 24

RADIO UNIVERSIDAD

NOTICIERO INFORMEX

A partir del 1o. de junio,
3 veces al día: 8 a.m. 3 p.m. y 11 p.m.

LAS TENDENCIAS ESTETICAS
DEL CINE MEXICANO ACTUAL

Entrevistas de Juan Guerrero con Alberto
Isaac, Juan Ibáñez, Arturo Ripstein y
Carlos Velo;

los críticos, Enrique Figueroa, Jorge Ayala
Blanco, Carlos Monsiváis y Emilio García
Riera;

los fotógrafos, Gabriel Figueroa y Alex
Phillips.

PROGRAMAS DE ACTUALIDADES
CINEMATOGRAFICAS.

LOS MARTES A LAS 9 A.M. DESDE
EL 6 DE JUNIO



POESIA
INDIGENA
1937/67



La poesía lírica azteca, esbozo de síntesis crítica, de Angel Ma. Garibay, se publicó, bajo el signo de *ábside*, hace treinta años. En una breve noticia de lectura, Genaro Estrada señaló lo provechoso que sería, a partir de entonces, el verdadero conocimiento de la poesía indígena. Garibay procuraba una serena apreciación admirativa de aquella poesía. En un párrafo autobiográfico, anunció su propósito: "Con el mismo amor con el cual me dediqué en mi niñez al conocimiento de las letras griegas y latinas; con el mismo afán con que en mi juventud y edad madura estudié con ahínco las letras hebreas, no sólo por su inspiración divina, sino también por su belleza; con ese amor y ahínco he procurado engolfarme en el cultivo de estas letras, al mismo tiempo extrañas y muy nuestras. Guiado por la sed de belleza, alguna vez quizá haya visto algo más de lo que dicen los textos: protesto que he procurado ser fiel y exacto en mis versiones y apreciaciones. Fidelidad, sin embargo, entiendo que no es servilismo, y que hay que llevar en una mano la crítica y en la otra el apego a la letra para acercarse a la verdadera comprensión. Si toda traducción es una traición —*traduttore, traditore*—, confío en no haber hecho grandes traiciones en este conato de buscar la belleza adormecida tras los recios y armoniosos trazos de los copistas del siglo xvi, para ir en pos del alma nacional." Divisa que recuerda la tarea



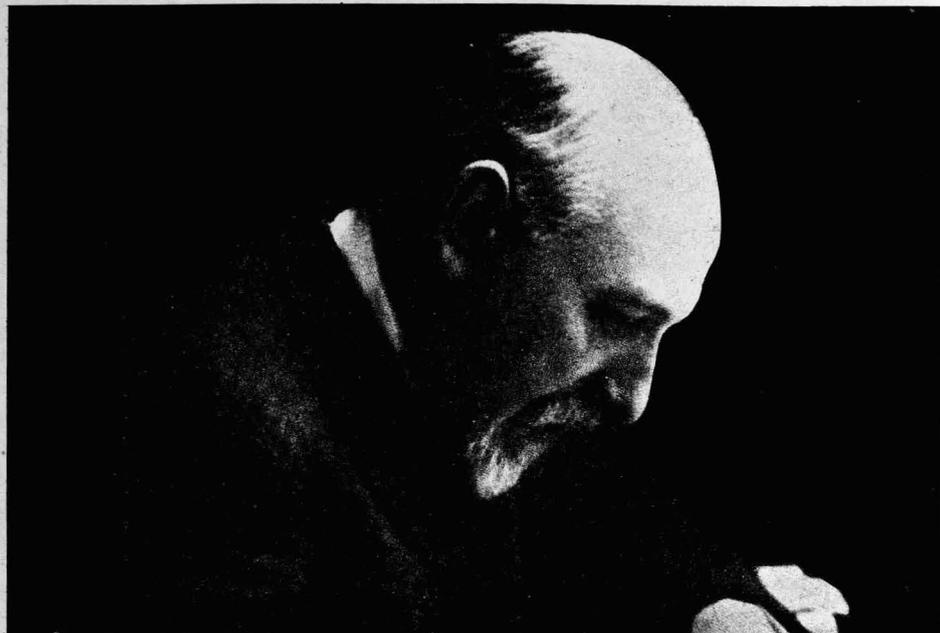
que soñaba con emprender Alfonso Reyes en sus días madrileños y que treinta años después, en *Llave del náhuatl* (1940), *Poesía indígena* (1940), *Códice de Metepec* (1949), *Epica náhuatl* (1952), *Historia de la literatura náhuatl* (1953-1954, t. I y II), la edición de la *Historia general de las cosas de Nueva España* (1956, 4 t.), *Supervivencias de cultura intelectual precolombina entre los otomíes de Huitzilucan* (1957), *Veinte himnos sacros de los nahuas* (1958), *Xochimāpictli* (1959), la edición de la *Relación de las cosas de Yucatán*, por Fray Diego de Landa (1959), *Vida económica de Tenochtitlan. I Pochtecāyotl* (1961), *Poesía náhuatl* (1964-1966, t. I y II), etc., etc., el Padre Garibay ha cumplido con obstinado rigor.

Veinte años antes de publicar Garibay su breve ensayo sobre la poesía lírica azteca, el probable conocimiento de la literatura antigua de México lo compendió Luis Castillo Ledón en su prólogo al tomito de la editorial *Cultura* —tomo v, número 4—: "Los cantares elegiacos, conocidos más bien bajo el título de *Cantares de los mexicanos*, que es el que lleva el famoso manuscrito existente en la Biblioteca Nacional, son sin duda los documentos más interesantes y los que en su mayor número se conservan inéditos, toda vez que el original está en lengua náhuatl, y que el arqueólogo norteamericano Mr. Daniel G. Brinton es el único que ha publicado directamente traducidos del inglés, junto con algunas composiciones indígenas, veintisiete, de los sesenta y dos que son esos cantares, bajo el título de *Ancient nahuatl poetry, containing the nahuatl text of XXVII ancient Mexican poems with a translation, introduction, notes and vocabulary*, en un volumen impreso en Filadelfia, en 1887. De esta edición tradujo don José María Vigil tres cantares, que son los únicos que se conocen. . . ." Uno de los cantares *Ninoyolnonotza* —fantaseo largo y voluptuoso— lo publicó Reyes en su *Visión de Anáhuac*. Como se sabe, Garibay puso en su sitio las versiones de Brinton y las de Mariano J. Rojas, que Castillo Ledón recomendaba a sus lectores, aunque estas últimas las diera a conocer, años después, Rubén M. Campos. En 1923, Spence,

en *The Gods of Mexico*, divulgó su traducción de los himnos publicados por Seler (Berlín, 1908-1923, 5 vols.); versiones ambas que no aproximan al lector a la belleza literaria de los textos indígenas. En inglés, alemán o en traducciones tentativas al castellano, el conocimiento de una de las fuentes esenciales de las letras mexicanas era, hasta emprender el Padre Garibay su obra, propio de un país colonial. Su labor, en rigor, ha sido de nacionalización; a veces, recogiendo los restos errantes de la antigua poesía; en otras, deslindando criterios de contemplación estética para entender la antigua literatura de los mexicanos.



junta de sombras



LUIGI PIRANDELLO 1876/1936

Luigi Pirandello nació en Agrigento, antigua ciudad griega de la Sicilia, el 28 de junio de 1867; murió en Roma en 1936, dos años después de haber recibido el reconocimiento oficial del Premio Nobel. Muy joven empezó a escribir poesía, cuentos, novelas, ensayos (su tesis doctoral, presentada en Alemania, es un estudio lingüístico sobre el dialecto de su pueblo); más tarde, teatro. Pero sólo en 1921, con el estreno de *Seis personajes en busca de autor*, se reveló universalmente la importancia de su obra. Desde entonces, la representación de sus piezas —anteriores y posteriores a *Seis personajes*— es permanente en Europa y en América, y su teatro ha sido traducido a la mayoría de los idiomas que se hablan en el mundo.

La crítica francesa se jacta de haber descubierto y “lanzado” a Pirandello; hasta cierto punto es verdad, porque París, en 1922, cuando se estrenó *Seis personajes* era —y sigue siendo— un escenario más amplio y más visible que Roma o Milán. También se tradujeron, a partir de ese momento, varias de las novelas y cuentos que habían tenido hasta entonces una circulación casi exclusivamente local. La crítica tendía a ver a dos Pirandellos distintos: de una parte, al escritor naturalista meridional (epígono de ese movimiento que en Italia había tenido a Giovanni Verga como máximo representante), autor de muchísimos cuentos y de varias novelas; de otra, al dramaturgo intelectual que proponía al público difíciles conflictos psicológicos, suscita-

dos, o al menos alimentados, por una dialéctica excesiva. En francés se forjó primero el adjetivo “pirandelliano”, que se ha vuelto un tanto convencional y limitativo al referirse al dualismo psicológico que suelen presentar los personajes de Pirandello. Ese dualismo puede indicarse en términos de ficción y realidad, vida y forma, o yo y los otros; sin olvidar que el dualismo llega a volverse múltiple cuando Pirandello sugiere que cada uno de nosotros es el personaje que cada uno de los otros está viendo. Algunos títulos de sus obras indican claramente el conflicto: *Uno, nadie, cien mil*, *Así es (si os parece)*, *La señora Morli, una y dos*, *La vida que te di*, *La razón de los otros*, *Vestir al desnudo*, *El juego de los papeles*, *Cada uno a su manera*, *Como tú me quieres*. . . Y otras, de las cuarenta piezas que escribió Pirandello, aluden a la realidad cambiante según el ángulo del que se la contempla, señalan al *personaje*, o *personajes*, que cada ser presenta, ya sea por su propio gusto o porque los demás lo obligan a representarlo.

El juego de la apariencia y la realidad —teatral por excelencia— se presta a ser evidenciado en esas formas de “teatro dentro del teatro” de las que Pirandello fue un precursor. El escenario, las bambalinas, la utilería, lo que sucede detrás de la escena, los actores desdoblados como actores y como seres vivos, son elementos muchas veces usados por Pirandello para describir la ficción o la dualidad de la vida misma.

Que Pirandello usa en su teatro las ideas (ideas respecto a la naturaleza del hombre, a sus relaciones y a sus conflictos), es innegable; él mismo ha afirmado el carácter “filosófico” de su obra. Pero que su teatro sea un puro juego intelectual, descarnado y desligado de lo “humano” como pretendió la primera crítica, sobre todo en Italia, es por supuesto falso. Él mismo respondió también a esta crítica preguntando si de lo humano estaba excluido “el espíritu”, es decir, la conciencia, el pensamiento, la reflexión. En realidad, el punto de partida de todos los conflictos pirandellianos es siempre la pasión: amor, celos, honor a veces, que es una forma de requerir amor y estima. Y la solución que el autor da al conflicto —si de solución puede hablarse—, no es nunca el conocimiento, la certidumbre, sino la piedad.

Desde este punto de vista, la obra narrativa de Pirandello aparece íntimamente ligada a su teatro (el núcleo de varias de sus comedias, por lo demás, deriva de un cuento escrito anteriormente), y sería un error evidente oponer un Pirandello elemental y apasionado, autor de cuentos y novelas, a un Pirandello dialéctico, autor teatral. La verdad es que, como dijo un crítico italiano, “la dialéctica en Pirandello se vuelve poesía”. Al hablar de dos tipos de escritores y caracterizar, como “de naturaleza histórica” a los que se conforman con narrar una historia, “por el solo gusto de narrarla” y con describir un paisaje, “por el solo gusto de describirlo”, Pirandello se excluye de esta categoría y se define a sí mismo. “Hay otros —dice— que, además de este gusto, sienten una necesidad espiritual más profunda que les impide admitir figuras, hechos, paisajes que no se impregnen, por decirlo así, de un sentido particular de la vida, y que no adquieran con ello un valor universal. Son escritores de naturaleza más particularmente filosófica. Yo tengo la desgracia de pertenecer a esta categoría.”

Su carácter reflexivo, “filosófico”, hace de Pirandello el iniciador de esa corriente del teatro moderno que rompe con el naturalismo, que no “describe”, sino que sugiere y que al sembrar en el ánimo del espectador dudas e interrogantes, lo deja turbado, conmovido e incierto. Aun los problemas de comunicabilidad y de “malentendido”, que plantea el teatro existencialista, están ya implícitos en algunos dramas de Pirandello; el mismo Sartre lo ha reconocido.

Por todo ello, despojado de los aspectos más exteriormente literarios que pesan en algunas obras, el teatro de Pirandello sigue vigente a los treinta años de su muerte, y su nombre puede considerarse como el de un clásico del teatro de nuestro siglo. Su obra narrativa —siete novelas y dos centenares de cuentos— es un caudal que la crítica aún no ha acabado de explorar.